

# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura

Sumario

Editorial. — **Ramón Liarte:** Lecciones que no se borran. — **Fontaura:** 1871-1971 - Reflejos de la Commune de Paris. — Ferrer y la pedagogía antimilitarista. — **Miguel Tolocha:** El tiempo en fichas. — **Abarrátegui:** La libertad ¿un yugo?. — **M. Celma:** Palabras y frases. — **Eugen Relgis:** Complejos de los pequeños países. — **Anselmo Lorenzo:** Ascendencia y Trascendencia del Sirdicalismo (folletón encuadernable).

199

Julio - Agosto - Septiembre 1971  
REVISTA MENSUAL  
PRECIO: 2,00 F.



## NUESTRA PORTADA

No es esta vez un cuadro de pintor célebre, ni un paisaje riente de la naturaleza, lo que reproducimos. Es un patético semblante de mujer, amamantando a su hijo.

Es una imagen real, recogida en los días aciagos de 1938-39, en el curso de la guerra de España, del éxodo de los refugiados, primero a través de las rutas de Iberia, y más tarde de las rutas de Francia.

¿Quién es esta mujer anónima, en cuyos ojos hay toda la tristeza del mundo? ¿Malagueña huyendo de las bombas fascistas a lo largo de esa carretera siniestra, donde tantos desgraciados dejaron la vida? ¿Mujer vasca, escapando de Durango o de Guernika, de Irún incendiado, de Bilbao bajo las bombas? ¿Humilde campesina aragonesa, obligada a abandonar la tierra que le vio nacer, llevándose al fruto de sus entrañas en brazos, mientras tras ella quedaban los campos fértiles de las colectividades fecundadas con el sudor de su frente, destruidas, primero por las brigadas comunistas, después por las divisiones de Franco?

¿Quién lo sabrá jamás! Es el símbolo de la tragedia española, del drama inenarrable de un pueblo, que ha sabido escribir, a lo largo de su historia, páginas inmortales de sacrificio y de lucha

Hubiera podido servir de modelo a Romero de Torres; hubiera podido immortalizarla el pincel de Goya. Victorio Macho hubiera podido hacer con ella un mármol inolvidable.

A falta de esos maestros, que la fotografía simple y sobria, en negro y blanco, perpetúe su imagen a través de esta portada de CENIT.

# CENIT

## REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Miguel Celma

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Campio Carpio,  
Eugen Relgis, Germinal Esgleas, Renée Lamberet, Cosme  
Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Ramón Liarte,  
José Viadiu, Víctor García, Severino Campos, Abarrátegui.

Suscripción anual:

Francia .....	12,00
Exterior .....	15,00
Precio de un ejemplar suelto .....	2,00

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse  
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

# CENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XXI

Toulouse, Julio - Agosto - Septiembre de 1971

N.º 199

## EDITORIAL

### Después del Congreso Internacional Anarquista

**C**OMO anunciábamos en nuestro Editorial anterior, en los primeros días de agosto se celebró en París el anunciado Congreso Internacional de Federaciones Anarquistas...

Hablar de Federaciones es quizá una exageración: Había en efecto algunas bien consolidadas Federaciones, como la italiana, la española, la ORA francesa. Pero otros delegados no representaban más que la expresión de grupos o de individualidades anarquistas.

Sin embargo, pese a cuanto se ha dicho en torno a este Comicio, en el que hubo de todo, de malo y de bueno, la expectación despertada y la presencia de gran número de jóvenes hace augurar que, con el tiempo y tras un trabajo serio y responsable de clarificación de ideas y de verdadera organización desde la base, la iniciada Internacional de Federaciones nacida en Carrara en 1968 irá cristalizándose en realidades efectivas.

No podemos negar la confusión ideológica evidenciada en este Congreso, sobre todo en lo que respecta a algunos movimientos, como el alemán, fuertemente impregnado de marxismo. Las condiciones especiales de la lucha en los países sud-americanos han creado, allí también, un tipo de anarquismo difícilmente asimilable para los europeos, en el que mezclan los temas clásicos del anarquismo a lo González Prada, lo Flores Magón, lo González Pacheco, con la realidad de una lucha contra el imperialismo americano y las oligarquías nacionales sostenidas por éste que le dan características absolutamente diferenciadas de lo que puede ser el anarquismo en Europa.

Pese a que no se pudieron discutir los diferentes puntos del Orden del Día, los debates subsidiarios fueron apasionados y, como en el caso de la delegación cubana, forzaron a ir al fondo de las cosas.

Las mejores sesiones del Congreso fueron aquellas dedicadas a los informes de las diversas delegaciones, a través de los cuales un mosaico completo de la situación moral y social de cada país apareció a los ojos de todos, con datos preciosos y atisbos psicológicos muy interesantes.

La resolución más concreta tomada por el Congreso es la del traslado de la CRIFA a Italia y la convocación de un nuevo Congreso dentro de un año para discutir todos los puntos del Orden del Día que no pudieron ser examinados en éste.

Una moción aprobada por unanimidad fue la que asegura a los compañeros italianos la solidaridad de todo el movimiento internacional para la F.A.I. en la defensa de los presos y en el combate librado para deshacer el nudo de calumnias y de infamias tejido por la policía y por las fuerzas reaccionarias contra el anarquismo en Italia.

Por lo menos, lo que ha sido siempre esencial en el movimiento anarquista no se ha desmentido en este Congreso, donde tantas cosas raras han podido apreciarse: el principio de la solidaridad entre todos los libertarios, para la defensa de los perseguidos y para la lucha contra el fascismo renaciente en el país hermano y que sigue siendo una amenaza para el mundo.

## EL ANARQUISMO Y LA REVOLUCION EN ESPAÑA

# Lecciones que no se borran

por Ramón LIARTE

**U**NA revolución sin ejemplos es un esqueleto. La epopeya social y multitudinaria de España ha dejado surcos imborrables. Raíces inmortales. Ideas que no se las lleva el viento. Todo pueblo libre y grande tiene sus imitadores. Y no es pobre quien imita sino quien no crea nada ni sabe copiar lo bueno. Que imitación no es copiar ni calcar maquinalmente. Es perfeccionar la obra, superarse y ser mejor, como la idea aconseja. Israel está a la vista.

Más de ochenta mil personas integran actualmente el movimiento kibutziano. ¿Qué es el kibutz, plural kibutzim? La doctrina del kibutz se define así: «Cada miembro da todo lo que tiene y recibe lo que necesita.» Esta fue la idea central de su concepto anarquista expresada por Miguel Bakunin ante la Primera Internacional (A.I.T.) y lo que más tarde había de expresar el otro gigante del colectivismo, Joaquín Costa, cuando dijo: «Colectivista, haz bien, y no busques recompensas.»

Cada uno ve lo que está preparado para ver. La visión, como el panorama, también tiene su medida. Vemos lo que comprendemos. Valoramos aquello que consideramos importante o que nos han dicho que era de un valor estimable. ¿Cuántas cosas vemos y tocamos sin comprenderlas! Sería hermoso fijar conscientemente, con inteligencia suma y sensibilidad pura, los hechos y las cosas... La conmoción española merece ser reexaminada a la luz de las experiencias internacionales, ya que contiene lecciones y ejemplos de un valor incalculable.

Orgullosos están los anarquistas al comprobar y medir la importancia kibutzim que se acerca a lo ya dicho por nuestros predicamentos. Son sus miembros productores voluntarios, no forzados. En la colectividad abierta, sin llaves ni cancerberos, depositan todos sus bienes. Los que poseían anteriormente y los que conquistan trabajando en común.

La vida de relación se desenvuelve presidida por la solidaridad. Hacen los kibutzim israelíes una exaltación del trabajo manual, diciendo que el que planta un árbol, tiene una parra delante de su puerta y trabaja un ancho trozo de tierra, puede considerarse útil a la sociedad. Así se logra que el esfuerzo sea la emancipación socio-política.

Dicen los que han presenciado la realidad yugoslava que en ese país se está haciendo algo. ¡Ojalá

sea como se nos dice! Bueno es comenzar a enderezarse aunque sea tropezando. Quien da los primeros pasos sabe lo que es caminar. Los titistas yugoslavos, llamados «los españoles» por los esbirros de Stalin, comprendieron muchas cosas presenciadas en España. Diéronse cuenta concreta del valor mismo del hombre, que vale más que el Estado. Quien piensa por cuenta propia nunca es burro de reata. Y al defender lo que es suyo frente al mito bolchevique, han armado el cisma padre en las filas del imperio dictatorial proletario, consiguiendo que la Meca del comunismo castrado sea un desierto sin alma que todo el mundo abandona.

La noche negra de Hungría desembocará en la aurora. El año 56 era prólogo expresivo de la gestión de los pueblos cansados de ser esclavos. El insulto y la calumnia cebáronse sobre Hungría. Y la condición humana, de la mala condición que escucha el mal y no el bien, creyó que el pueblo de Hungría era un títere de trapo manejado por fascistas, católicos, protestantes, judíos, terratenientes y nacionalistas hueros. Pero la verdad es muy otra. La nacionalidad húngara, variada como su tierra, quiere hacer su propia historia. El Estado se hace ciscos, la nave totalitaria zozobra en sus aguas rojas. Y los pueblos se levantan para conquistar unidos la vida en el socialismo que es libertad para todos.

No faltó la regularidad luchando contra la muerte, ni el esfuerzo redoblado para salir adelante. Todo iba a un ritmo acelerado, preciso, revolucionario. No podremos olvidar nunca los consejos de los técnicos que nos señalaban a tiempo las fallas que podían presentarse, los obstáculos a superar, los inconvenientes tendidos a nuestro paso. Merced a esta prueba socio-revolucionaria los sindicatos de lucha y resistencia pasaron a ser centros de trabajo al servicio colectivo.

La oligarquía caciquil y el poderío de los dueños de los latifundios fueron barridos por las colectividades agrarias. Toda la tarea a llevar a feliz término se decidía en las asambleas locales. Cada uno aportaba a la colectividad cuanto tenía sin demandar más que una parte de lo que necesitaba. Se dice por parte de los historiadores de opereta que los combatientes como Durruti imponían el colectivismo a los campesinos. Donde no hay más que braceros sobran las imposiciones. Una revolución así, no

puede fracasar aunque la triture todo el mundo capitalista y estatal.

En los campos robados por los caciques al municipio del pueblo las colectividades hicieron obras de riego de una utilidad asombrosa. Mejoráronse las tierras. Fundáronse granjas de explotación y cultivo que hubiesen pasado a ser verdaderas maravillas montadas por el trabajo. ¿Qué hicieron los Sindicatos? Aumentar la producción, cultivar la economía que, orientada por las Federaciones de Industria, pusieron de relieve la capacidad constructiva de los auténticos creadores de riqueza. Eclósión de la economía socializada, porque los organismos gremiales pasaron a ser centros de experimentación transformados en verdaderas capacidades administrativas y técnicas. La autogestión se hace desde abajo, como los árboles, no por arriba.

La burocracia capitalista se apoya en los grandes privilegios de clase, mientras que los directores del Este forman la jerarquía ruín y resignada al servicio del nepotismo partidista. Por eso toda clase de poder se apoya en la esclavitud, se opone a la autodeterminación, y es enemigo de la autogestión científico-técnica y obrera. No quiere que el campo sea libre, que la Universidad sea autónoma, que el taller pertenezca a los soviets, cuna anarcosindicalista.

Era la España comunista libertaria la pesadilla de los marxistas troquelados en las filas de la dictadura del proletariado. Lenin y Zinoviev, Trotsky y Stalin, son hermanos malos que se asesinan para imperar. Ese no es el mundo del socialismo, sino mesnadas de Atila. Discípulos de Caín con el Estado en sus manos para destruir las masas que pretenden liberar.

Pero la revolución avanza. No hay fuerza que la detenga. El libro rojo de Mao no es el antiimperialismo, sino el imperio acerado de los nuevos mandarines que quieren domar el mundo.

Checoslovaquia no duerme. Vive alertada y despierta. Al llegar la primavera los esclavos se rebelan. Quieren ver sus pueblos libres y a los hombres redimidos. Las manos independientes se unen y rompen cadenas. ¿Para qué sirve el Estado cuando un pueblo se levanta exigiendo sus derechos? ¿Qué ha quedado del marxismo si a la autogestión se tiende? El bolchevismo es traición que cría cuervos y lobos. El puñal de León Trotsky fue hincado en el corazón de los bravos makhnovistas. Cronstad, la comuna libre, fue arrasada sin piedad por el feroz bolchevismo. El tiempo no pasa en vano. Hace justicia suprema que vale más que las leyes dictadas por tiranuelos, verdugos y semi-dioses. Vale tanto la razón que anda como las tortugas, pero siempre llega a tiempo. Por eso nunca se pierde y al andar hace camino.

Fue, el nuestro, un triunfo del impulso espontáneo de abajo arriba y no dictado de arriba abajo. Cuando los Comités comenzaron a sentir la necesidad de trazar normas de vida, las colectividades ya se habían organizado cada una a su manera, de acuerdo a las posibilidades y medios existentes. Que sólo es alto quien tiene pies sólidos, cimientos profundos y seguros. Por eso, lo que más tarde fueron decretos sociales de colectivizaciones, no llegaron ni a com-

prender la obra popular que es decálogo de un Pueblo.

¿Cuál fue el triunfo moral de la España intelectual, obrera y campesina? Comprender que la guerra era suya, que la revolución no podía ser delegada. Y es que en la contienda sublime de los siglos, nos jugábamos la libertad y la propia vida. Y la dignidad de hombres que no pactan ni transigen jamás con la tiranía.

En semejante combate no hubo, no podía haber, ahorro de esfuerzos, vidas y sacrificios. Se da todo cuando se va por todo. Los jóvenes ofrendaron su sangre, los sabios sus experiencias y conocimientos, los ancianos su trabajo, y los niños..., un porvenir malogrado. Un país que deja las herramientas de trabajo para empuñar las armas, es un pueblo vencedor del tiempo y de la misma muerte.

Hemos sido derrotados por el mundo, no vencidos por la eternidad. Vencido está quien no cree en lo que un día realizamos para ser admirado por los siglos. ¿Qué estábamos locos como Don Quijote? Nadie lo duda. El hecho de enfrentarnos a pecho descubierto contra los nacionalismos nazi-fascistas, las democracias batuecas, el obrerismo sumiso y el universo del oro y la consigna, prueba el grado supremo de nuestra genial locura que es ciencia y conocimiento, amor y paz de los hombres forjando su propia vida.

Sólo la autogestión libera a las muchedumbres de todas las formas de opresión. Porque los yugos oprimen, no liberan. Quien dice Estado, dice burocracia, es decir, burocratización, jerarquía y clan al amparo del poder para establecer privilegios de clase. Las fábricas y talleres deben ser para los obreros, el campo para los campesinos, la Universidad para los intelectuales y los laboratorios para los técnicos.

La revolución social y libertaria es directa, libre y autogestionaria. Por ello estima que el trabajo asociado es el único factor de creación y liberación integrales. Cooperar con el Estado es fortificarlo. Participar en las migajas de su festín es negar lo que Anselmo Lorenzo llamaba Derecho a tener un puesto digno en el banquete de la vida. La integración de las masas supone una nueva forma de esclavitud.

Importa especializar al trabajador como se hizo en España durante la guerra mediante una selección de valores útiles y eficaces. Responsabilizar a cada uno en su puesto de gestión directa. Únicamente así se pueden superar las reivindicaciones salariales, que siempre favorecen a la empresa o al Estado porque el capitalismo establece oportunamente el aumento del costo de la existencia.

Se impone y a toda costa un nuevo orden en el trabajo. El socialismo de contenido libertario puede lograr semejante conquista moral. ¿De qué manera? Valorando la razón colectiva. Consiguiendo que la espontaneidad creadora no sea degollada. Experimentando y comprobando para aplicar en cada circunstancia el método más conveniente y justo. Estimar la opinión ajena tanto como la propia. Erradicando los viejos antagonismos para ir en pos de finalidades y objetivos que tengan un alcance transformador y equitativo. Poder de decisión y demo-

# 1871 - Reflejos de la Commune de París - 1971

ESTELA DE RECUERDOE

por FONTAURA

**P**ASAN los años; la vida lleva consigo a modo de una erosión, más o menos lenta, en nuestra naturaleza, en lo físico de nuestra individualidad. Pero hay sensaciones reflejando momentos, escenas, circunstancias, que se mantienen en el recuerdo. La estrella fugaz, la nave cuya proa abre surco en la dilatada superficie del mar, dejan huella de su paso, prolongada estela. Así son los recuerdos en el curso de nuestra existencia.

Años de estancia en París. Dictadura de Primo de Rivera en España. Para Unamuno era la «dictablanda». En efecto, hoy bien podemos llamarla así comparándola con el feroz encono de la criminalidad franquista. Todavía quedaban en la «Ville Lumière» rasgos de la «belle époque». En las artes, en la literatura, y sobre todo, — lo que más nos interesaba a la gente moza, mentalmente nutridos de ilusiones anarquistas — era la vivacidad, la agitación, la prestancia intelectual que trascendía del am-

biente ácrata. Era grato, producía intenso placer espiritual, tras el «flaner», el deambular por la ciudad, por sus calles, por sus plazas y paseos, sus encantadores rincones pintorescos, poder escuchar, poder alternar con compañeros de la solvencia de los Han Ryner, Lacaze-Douthiers, Sebastián Faure, Armand, Colomer, Magdaleine Vernet, Devaldés, entre otros.

París era entonces el refugio de anarquistas de diversos países: italianos, búlgaros, rusos, poloneses, suramericanos, españoles. De entre los exiliados de España destacaba por su juventud, talento y preparación cultural V. Orobón Fernández. El y Faure se ocupaban en tareas de la Œuvre Internationale des Editions Anarchistes. Orobón en la dirección del semanario «Tiempos Nuevos», de «La Revista Anarquista», así como en la preparación de ediciones de libros y folletos en lengua castellana. Faure, al margen de la propaganda oral, preparaba

la «Encyclopédie Anarchiste». La Librairie Internationale, del 72, rue des Prairies, resultaba centro de reunión, lugar de cita de los compañeros. Ni que decir tiene, italianos y españoles éramos los más bulliciosos, contrastando con el aire más reflexivo y callado de rusos y poloneses.

Faure, a simple vista, parecía distante y profesoral ya al tenerle tratado, el buen «Sebast», como familiarmente le llamaban los «vieux compagnons», resultaba de un modo de ser afable y comunicativo. Le complacía el charlar con los españoles, quizás por observar en nosotros un modo de ser inquieto y una curiosidad abierta a los libros y a la vida. Estando en la Librairie, cierta vez nos invitó, a Orobón y a mí, a visitar, en el cementerio del Père-Lachaise, el «Muro de los Federados», la mural evocación escultórica de los fusilamientos del 28 de mayo de 1871. Testimonio simbólico de la crueldad de los reaccionarios radicados en Versalles, a cuya máxima autoridad, Thiers, se atribuye la frase relacionada con los «comunards»:

cracia completa para idear, hacer y construir. No confundiendo la verdad con la mentira, la libertad con la autoridad, la sumisión encubierta con la autogestión directa,

Los ejemplos surgidos de la experiencia española no se los ha llevado el viento. Sus sedimentos socio-revolucionarios se afincan de una manera u otra en todos los continentes. En este mundo de injusticias y atropellos, todo está por hacer. La tarea que tenemos asignada nos pide acción y valor. Demanda inteligencia clara y serenidad interior.

Mientras el sistema bolchevique se descompone, el orden sindicalista se abre paso hasta en las mismas filas comunistas. Proudhon ha triunfado sobre Marx; Bakunin es superior a Engels. La Rusia bolchevique no puede parangonarse con la revolución constructiva española.

Hay que ir a todos los pueblos a llevar la buena nueva de la libertad. Que no haya pueblo que nos desconozca ni hombre que nos ignore. Ha sonado la

hora de las grandes rectificaciones históricas, y la posibilidad de hacer algo nuevo y mejor. El proceso de disolución de la civilización presente ha llegado. Un nuevo mundo nace y hay que ayudarlo a gestarse.

....  
Quien más trabajo ponga en la obra, quien lo de todo sin buscar privilegios ni prebendas, será el constructor de la nueva creación universal. Urge restaurar la libertad sobre la tierra. Tener derecho a decir lo que es justo y lo que no lo es. No se es libre sino en la igualdad y la solidaridad. Quien muere por la libertad no cree morir, sino sembrarse en el camino de la lucha. Estos fueron los grandes ejemplos salidos de la conmoción social española. Hay líneas históricas que no se borran. Trabajemos intensamente siendo fieles a tres principios decisivos: Ser leales a la naturaleza humana, hacernos carne del pueblo, y ser proa decisiva de la revolución universal.

«¡Fusilad los lobos, las lobas y los lobeznos!»

Fra una tarde otoñal de cielo color plomizo, tan frecuente en París. Ante el «Mur» evocábamos la terrible tragedia del pueblo parisino: Faure nos contó que en su juventud, visitando el mismo lugar en el que nos hallábamos, había tenido ocasión de conocer a un anciano, que era sepulturero del cementerio en los días en que la Commune fue vencida. El anciano le había referido que los primeros fusilados fueron un grupo de unos 150. En la avenida central del cementerio, a unos cincuenta metros de la entrada que hay en el boulevard Menilmontant, se les había hecho detener en espera de órdenes. Un piquete de soldados, arma al brazo, rodeaba a los detenidos, que iban rotos, cubiertos de polvo, algunos ensangrentados. Los había que vestían el uniforme de la Guardia Nacional, otros la blusa de los obreros. De pronto apareció un oficial, quien con gesto brusco, tajante, dijo: «¡Andando! ¡Conducidme todo esto — señalando a los presos — allá arriba!» El triste cortejo se fue alejando. Pasó poco más de un cuarto de hora y se fueron oyendo las escalonadas detonaciones de los fusilamientos. Fueron aquéllas las primeras víctimas, pero los días siguientes fueron conducidos y fusilados otros grupos de infelices. Ello al margen — proseguía informando el antiguo sepulturero — de las carretas llenas de cadáveres, la sangre coagulada, que estaban destinados a ser arrojados en las fosas ya dispuestas al efecto. Los traían de La Roquette, de la Plaza Voltaire, de ¡todas partes!

La conversación nos llevó a evocar otro acto simbólico: «Los fusilamientos del 3 de Mayo», el magistral cuadro pintado por Goya, existente en el Museo del Prado. La comparación con las figuras representadas en el «Mur des Fédérés» era que en ellas alienta como una trágica serenidad, en tanto que en el personaje que ante el pelotón de ejecución va a ser fusilado, en la obra maestra de Goya, denota valor sobrehumano, fiero impulso de rebelión, desafiando a sus matadores. Corrimos que en torno a ello, en

plan de consideraciones psicológicas, podía hacerse un paralelo entre el sentido de lo pasional y de lo cerebral en la manera de ser del individuo.

Aquella tarde pasada en el cementerio del Père-Lachaise, nos indujo, a Orobón Fernández y a mi, a ojear libros, a revisar viejos papeles, en busca de datos relativos a la Commune. Y Sebastián Faure, en la «Encyclopédie Anarchiste», finalizaba su artículo dedicado a la Commune: «No quiero concluir mi relación, un tanto breve, sin rendir homenaje a la valentía heroica con la cual, hasta el último minuto, se batieron los defensores de la Commune. Incluso en la hora en que toda esperanza de vencer se había perdido, incluso en el trágico minuto en el que sabían que no les quedaba más que sucumbir, hicieron el sacrificio de su vida, sin vacilación, alta la frente, doloridos, más que de perder la propia vida, del hundimiento de la Commune.»

#### LAS IDEAS EN PUGNA

**P**OCO más de dos meses, sesenta días, duró la Commune de París. Fue proclamada en fecha 18 de marzo del 1871, y el siguiente 29 de mayo caía, dominada por el encono de la reacción, sumida en la «Ville Lumière» en dantesco panorama de sangre y de humeantes ruinas.

Dolidos los parisinos de la derrota experimentada por el ejército francés ante la acometida del militarismo alemán en la guerra de 1870-1871, fracaso originado por la impericia, por diferencias motivadas por ambiciones de comando, todo lo cual fue reflejado admirablemente por Emilio Zola en su obra «La Débâcle», exasperaba a la opinión. Y la indignación subió de punto cuando pudo comprobarse que todos aquellos políticos influyentes en el Gobierno: los diplomáticos, los militares de alta graduación, que habían jurado defender el país hasta la muerte, concertaban, firmaban con el Estado alemán una paz que se consideraba humillante; se la juzgaba como una claudicación. El pueblo vio en todo ello una vía abierta a un restablecimiento del antiguo régimen

de factura monárquica. Se percibía que andaba de por medio en la indigna maniobra política el execrado Thiers, elemento capaz de las peores felonías.

Ante un ambiente de tensión y descontento popular, temiendo Thiers que dispuesto el pueblo a defender la República, pese a sus imperfecciones, frustrara sus designios, ordenó el desarme de los organismos encargados de funciones de orden y vigilancia capital. De ellos el más caracterizado era la Guardia Nacional, la cual, particularmente en la colina de Montmartre, tenía algunos cañones destinados a la defensa de la capital. Contingentes de fuerzas regulares controladas por el Gobierno, trataron de arrebatarlos. A ello se opusieron quienes los custodiaban. ¡Y aquello fue la chispa que hizo estallar la insurrección general! La Guardia Nacional hizo frente al Ejército. Y a la lucha de los miembros de la Guardia contra los que habían capitulado ante los alemanes tomó inusitadas proporciones al levantarse en gesta insurreccional todo el París proletario, todo el París de formación liberal.

Ante la imponente rebelión popular, el Gobierno, presa de pánico, huyó de la capital, retirándose a Versalles, haciendo que con él abandonaran París las fuerzas del Ejército. Tras la actitud del Gobierno, la Guardia Nacional nombró su Comité, el cual de inmediato proclamó la independencia de la Commune de París, exhortando a todas las ciudades de Francia a que hicieran lo propio, considerando a los gobernantes refugiados en Versalles responsables de la derrota ante los invasores, traidores a la República, y enemigos de todas las libertades cívicas. De ahí que la Commune parisina declarara inquebrantable deber el de luchar contra los «versalleses». Por su parte el Gobierno, desde Versalles, tomó todas las medidas que consideró necesarias con miras a aplastar a los rebeldes. Ya en este plan incluso llegó al extremo de solicitar ayuda y consejo del Estado Mayor del Ejército teutón. Los que tanto habían explotado el mito de la Patria y el amor entre los hijos de una misma nación, no vacilaron en lo de enten-

derse con el antes considerado maldecido enemigo para atacar a los propios franceses, impulsados a la rebelión por mantener un vil sentimiento de la dignidad.

Ya en su desenlace la Commune de París dio ejemplo de heroísmo al mundo entero. El epílogo fue algo terrible. Los combates, la lucha para conseguir dominar un barrio y atacar el otro, para recuperar una calle, para reducir al silencio a los defensores de la villa parapetados en las barricadas, costó sangre y más sangre. Las fuerzas de la reacción llegaron a vencer gracias a la enorme superioridad que tenían sobre los «communards» en lo que se refiere a pertrechos bélicos y al enorme contingente de fuerzas militares de que llegaron a poder disponer.

En su obra «Histoire de la Commune de 1871», Lissagaray, que tomó parte en la acción revolucionaria, y alcanzó, dentro del sentido democrático, a enjuiciar los hechos e idealidad de los federados con bastante objetividad, señala las diferencias y los hechos determinados por la división de tendencias. En particular señala las pugnas habidas entre elementos destacados en la Commune, tales como: Félix Pyat, Descluze, Rossel, Johamard, Vermorel, Cluseret, Pero atina a evidenciar el estado pasional engendrado por unas circunstancias tan excepcionales como las que veíase obligada a soportar la Commune parisina.

Heinrich Kœchlin escribe en «Ideologías y tendencias de la Comuna de París»: «Los vencedores sostenían que la Comuna fue una rebelión socialista y al mismo tiempo la obra criminal de una banda internacional de aventureros. En las memorias de los más relevantes estadistas de Versalles, como Thiers, Jules Favre, el general Vinoy y otros, y asimismo en obras históricas oficialmente reconocidas, como «Convulsions de Paris», de Maxime Ducamp, la revolución del 18 de marzo encuentra una explicación simple como es la siguiente: la Asociación Internacional de Trabajadores aprovechó la situación catastrófica en que se hallaba París, como consecuencia del asedio de las tropas de Bismarck,

para organizar una conspiración; esta conspiración tenía por objeto precipitar a la nación francesa en una guerra civil; los fantasiosos y demagógicos miembros de la Internacional les hacían el juego a los agentes bonapartistas y prusianos que estaban a sus espaldas. Se procuraba, así, presentar a los comuneros como extranjeros enemigos, incendiarios de sangre fría, terroristas y ridículos charlatanes, esperando con ello justificar a posteriori la horrorosa represión de la sangrienta semana de mayo. Al mismo tiempo se querían desacreditar las exigencias del proletariado encaminadas hacia su emancipación política y económica, y hacia la idea del socialismo; con tal fin, se hacía resaltar el carácter proletario y socialista del movimiento, para extraer de su fracaso la consecuencia de que los trabajadores carecen de aptitudes para al actuación política, y de que el socialismo es un absurdo.»

En realidad la Commune no tuvo la preponderancia de un sector social determinado, sin la influencia de otros. Así junto con aquellos que en el seno de la Primera Internacional seguían modalidades de matiz libertario, como aquellas propiciadas por Miguel Bakunin, también estaban los fourieristas, imbuídos de las teorías de Fourier, los que se atenían a las tesis de Luis Blanc, blanquistas, quienes dentro la Internacional obraban en tanto que marxistas, los jacobinos, los fieles a concepciones de Proudhon, y otros que, sin una afiliación determinada, se atenían a un criterio objetivo, a tono con su percepción de la realidad. En el fondo alentaba en la Commune la dualidad entre dos características: de una parte los autoritarios, de otra aquellos que pugaban por encauzarlo todo hacia derroteros de libertad.

Bakunin, en su estudio «La Comuna de París y la noción de Estado», alude a las características que señalaron los más acusados factores de interpretación doctrinal en aquel magno acontecimiento social. Escribe: «La comuna de París ha durado demasiado poco tiempo y ha sido demasiado obstaculizada en su desenvolvimiento interior por la lucha mor-

tal que debió sostener contra la reacción de Versalles, para que haya podido, no digo aplicar, sino elaborar teóricamente su programa socialista. Por lo demás, es preciso reconocerlo, la mayoría de los miembros de la Comuna no eran socialistas propiamente, y si se mostraron tales, es que fueron arrastrados inevitablemente por la fuerza irresistible de las cosas, por la naturaleza del ambiente, por las necesidades de su posición y no por su convicción íntima.»

## EL PERIODISMO INSURGENTE

SEGUN manifiesta Firmin Maillard en su obra «Histoire des Journaux», fueron setenta las publicaciones periódicas que vieron la luz durante el corto periodo de la Commune. Diversas de ellas tuvieron vida efímera, dejando de aparecer al poco de haberse fundado, como en el caso de «L'Action», de la que solamente se editaron seis números. Eran curiosas las portadas, los títulos, los pensamientos destacando en llamativo recuadro, los artículos de fondo, o editoriales. La mayoría reflejaban un tono vibrante, apropiado al momento que se vivía.

Uno de los periódicos de mayor prestigio fue el diario «Le Cri du Peuple» que dirigía el escritor Jules Vallés. Vio la luz días antes de la proclamación de la Commune, del 23 de febrero hasta el 23 de mayo 1871. En el primer número de la publicación escribía Vallés: «¡La Social llega! ¿Oís? Ella llega a pasos de gigante. Lleva consigo, no la muerte, ¡la salud! Ella salta sobre las ruinas para gritar: ¡Malditos sean los traidores! ¡Malditos los vencedores!» Se refería a los que habían claudicado entablando negociaciones, a espaldas del pueblo, con el Ejército alemán invasor. En el «Cri du Peuple» colaboraban diversos miembros de la Commune, entre ellos el pintor Courbet y el poeta J. B. Clement, autor de la bella canción «Au temps des cerises».

El semanario «Le Drapeau Rouge» («Bandera Roja»), llevaba a guisa de lema: «Si para un pueblo infantil se inventan las

bagatelas, para un pueblo viril hace falta la verdad.»

Se ha citado el breve periodo de vida que tuvo «L'Action». Su director fue Lissagaray, del que ya se ha nombrado su importante obra «Histoire de la Commune de 1871». En el primer número de la publicación, bajo el epígrafe: «¡A muerte!», manifestaba: «Ellos (los versalleses) han bombardeado París como lo han hecho los prusianos. Solamente tenemos que decirles a los republicanos: ¡Adelante!» Y en el sexto número del periódico su director anunció que dejaba la pluma, estimando que no había otra manera de colaborar en la acción revolucionaria que tomando el fusil.

«L'Ami du Peuple», que contaba también con la estima del ambiente poular, en la cabecera, bajo el título destacaba dos aforismos que sintetizaban el espíritu de aquella hoja impresa. Uno expresaba: «La ignorancia es la esclavitud». En el otro decía: «La instrucción es la libertad».

Hubo un periódico al que le pusieron el curioso título de «Cain y Abel». En recuadro bajo el título aducía: «Los hombres se han puesto en sociedad para ayudarse los unos a los otros. Para proteger a Abel contra Cain». Tuvo una existencia bien efímera, puesto que solamente se publicaron tres números.

El semanario «La Carmagnole» llevaba encima del título una viñeta representando a individuos de diversos países danzando la «carmagnole» en torno de un trono en el que destacaban atributos de la realeza. En la alegoría una sola palabra: «¡República!»

Algún tiempo antes de la Commune se publicaba «La Marsellaise», de la que era director el batallador periodista y escritor Henri Rochefort. Había sido encarcelado por haber dicho en el periódico: «He tenido la debilidad de creer que un Bonaparte podría llegar a ser otra cosa que un asesino». Habiendo decidido el cuerpo de Redacción suprimir el periódico, justificaron así su decisión: «La Marsellesa, de Rouget de l'Isle, es hoy bonapartista y oficial. Nosotros reapareceremos cuando ella será de nuevo republicana y sediciosa». Y la oportu-

nidad se presentó cuando tuvo lugar la proclamación de la Commune.

Decía «Paris Libre» en su primer número: «La Commune ha de reemplazar al viejo mundo y ha de llegar a ser la base del mundo nuevo».

«Le Père Duchêne», dirigido principalmente por Vermerch y Vuillame, destaca por su lenguaje crudo y contundente. Así en uno de los ejemplares del periódico se puede leer: «¡Adelante! ¡Carajo! Nuestra gran satisfacción es ver que los cernicalos se largan a Versalles. Estamos contra los morrales y las viejas bribonas roñosas que atizan la discordia en la ciudad, mintiendo como sacamuelas.»

«El Proletario» («Organo de las reivindicaciones sociales») aduce en tanto que programa: «La República, — es su derecho y no disfraza sus pensamientos — no quiere ni rey ni papa, ni dictador ni salvador, ni ídolos ni profetas. Ella desea regirse por sí misma.»

«La Revolution Politique et Sociale» tiene entre sus redactores a B. Malon. Expone como programa: «Seamos revolucionarios. La revolución es progreso en marcha hacia un objetivo: el bienestar de todos.»

«Le Rouge» («Journal des Jeunes»), declara en su primer número: «¡Atrás las expresiones, las frases sonoras que han constituido todo el bagaje de la vieja política!»

Había periódicos con títulos un tanto originales. Así: «Le Châtiment», «Le Mont-Aventin», «La Flèche», «La Montagne», «Le Bon Franklin», «Le Reveil du Peuple», «Le Bon Sens», «La Némésis Galante», «La Scie», «L'Etoile», «Le Corsaire», etc. Buena parte de las publicaciones de entonces, más que ser órganos de partido, de organización, eran la expresión de alguien que asumía la responsabilidad en razón directa del prestigio literario o social que gozaba. Así Blanqui orientaba «La Patrie en Danger», Delezcluze dirigía «Le Reveil», Rigault, «Le Combat», y Félix Pyat «Le Vengeur». Y es un dato curioso que evidencia un espíritu de tolerancia por parte de los «communards», a los que tanto se in-

sultó por las gentes de derecha, que en pleno periodo revolucionario no dejaron de aparecer en París diarios de tradición reaccionaria como «Le Gaulois» y «Le Journal des Debats», entre otros.

## HECHOS Y FIGURAS

**E**S evidente que no podía la Commune hacer milagros, en cuanto a realizaciones, en el breve periodo de su existencia, y teniendo al enemigo a corta distancia. No obstante, tomó una serie de disposiciones de incuestionable importancia, destacando entre ellas:

Supresión del Ejército permanente.

Armamento del pueblo.

Reducción considerable en lo que se refiere a los alquileres.

Devolución gratuita de los objetos depositados en las casas de empeño.

Separación de la Iglesia y el Estado.

Decreto promulgando la enseñanza laica.

Derribo de la Columna Vendôme, símbolo de guerras y de imperialismo.

Reducción de los altos sueldos de que gozaban muchos funcionarios.

Entrega a las cooperativas obreras de las fábricas, abandonadas por aquellos patronos que huyeron al iniciarse el movimiento revolucionario.

Abolición del trabajo nocturno en las panaderías.

Decreto encargando a las alcaldías de distrito el llevar a cabo lo relativo a la ocupación obrera, misión que antes se había encargado a la policía.

Decreto prohibiendo que nadie pudiera dedicarse a funciones de usurero.

El desenvolvimiento de la acción revolucionaria, las incesantes actividades eran de tal naturaleza que, particularmente en aquellos que asumían ocupaciones de mayor responsabilidad, el reposo era restringido. Así Arthur Arnould, miembro de la Commune, en su obra «Histoire populaire et parlementaire de la Commune de Paris», relata: «Nos quedaba tiempo de dormir. En lo que a mi se refiere no recuerdo haberme desnudado ni

diez veces para dormir en el espacio de dos meses. Un sillón, una silla, un banco, nos servía de cama para dormir algo cuando nos vencía el sueño, que hacía falta interrumpir cada dos por tres.»

En los clubs populares, la mayoría de los cuales tenían su local social en alguna iglesia, se llevaba a cabo la propaganda en favor de sensibilizar al pueblo con miras a la eficiente acción revolucionaria. En su libro «Bajo la bandera roja» Luis Barrón describe la sesión de un club, donde un joven tomó la palabra para decir: «La Commune hará de la fórmula Libertad, Igualdad, Fraternidad una realidad sublime. Ella tomará al hombre desde la cuna y no le abandonará hasta la tumba. Ella educará a toda la infancia; distribuirá el trabajo entre los hombres, cada uno según sus aptitudes. Ella cuidará de los enfermos y de los ancianos. Gracias a ella no habrá en la sociedad ni parias ni privilegiados, puesto que hará un tesoro común, para el servicio de todos, de las riquezas acumuladas en el seno de algunas familias por el robo y la herencia.»

Entre las mujeres muchas fueron las que destacaron en la acción revolucionaria. De entre ellas sobresalieron por su incansable actividad: Sofía Poirier, Presidenta del Comité de Vigilancia de Montmartre; la zapatera Victorina Brocón, Natalia Lemel, que ya antes de la Commune, había fundado, junto con Varlin, una asociación cooperativa con el objetivo de facilitar a los trabajadores alimentos a un precio reducido. Margarita Tirayre, maestra de escuela y escritora. Mas, sobre todo tuvo un papel destacado Luisa Michel. Para unos la «Virgen Roja», para otros la «Buena Luisa». Oradora de expresión vehemente, persuasiva; escritora de estilo emotivo y popular. En los días de la Commune escribía en la prensa artículos vibrantes. En los clubs y en las plazas arengaba a las multitudes. Ayudaba al transporte y cura de los heridos. Y en los parapetos de Montmartre, en las barricadas, disparaba al lado de los federados. Por su nobleza de sentimientos, Luisa alcanzó la esti-

ma de cuantos bregaban en favor de la Commune, fueran unas u otras sus opiniones político-sociales. Al ser presa y procesada, pidió con vehemencia ser fusilada, como tantos otros lo fueron. Los versalleses, los secuaces de Thiers, no se atrevieron a matarla ya que conocían el prestigio popular de que gozaba por doquier; el afecto que por ella sentía buena parte de la intelectualidad liberal, entre la que se encontraba Víctor Hugo. Otra mujer de fina sensibilidad, de talento y comprensión, Severine, en su libro «Páginas rojas», dijo de Luisa Michel: «Amo sus inmediatas virtudes y su don más femenino y personal: la bondad.»

La Commune puso un particular interés en llevar a cabo una concienzuda labor pedagógica. Dos de los que más se esforzaron en esta tarea fueron Eduardo Vailand y Agustín Verdure. Su arhelo tenía por objeto hacer que el niño llegara a tener un cerebro culturalmente desarrollado, a la par que deseaban, siguiendo las apreciaciones formuladas por Rousseau en su conocida obra el «Emilio», que llegara a ser apto en una u otra tarea manual.

El notable pintor Gustavo Courbet fue miembro de la Commune en tanto que Presidente de la Federación de los Artistas de París. A él se le atribuye el haber dado la iniciativa de procederse a derrocar la famosa Columna Vendôme, símbolo del imperialismo y del militarismo «enragé». Su lema era: «Batallar contra el principio de autoridad enquistado en las dependencias oficiales de Bellas Artes.» Rebelde en todos conceptos, sin trabas en su rabelesiano tono expresivo, ya antes del movimiento revolucionario del 1871, el Ministerio de Instrucción Pública le otorgó la Cruz de la Legión de Honor. Al anunciarse oficialmente en la prensa sin que él tuviera noticia de ello, rehusó la oferta, y le dijo a su amigo el escritor Jules Vallès: «Se caza a los hombres como a ranas con un trocito de tela escarlata. ¿La Cruz? Si yo quisiera podría atizarme al culo todo un calvario de cruces... Tengo cincuenta años y siempre he vivido libre. ¡Dejad que termine mi existencia siendo libre! Cuan-

do estaré muerto será menester que puedan decir de mí: «Ese no ha pertenecido jamás a ninguna escuela, a ninguna iglesia, a ninguna institución, a ninguna academia, y sobre todo, a ningún régimen, si no es el régimen de la libertad.»

Junto a lo patético hallamos detalles con toques de humorismo. Rigault, que ejerció en la Commune funciones de jefe de policía, habiendo sido destituido de su cargo por algunas irregularidades cometidas, en ocasión de interrogar al padre jesuita Ducaudray, le preguntó:

— ¿Cuál es su profesión?

A lo que el interrogado respondió:

— Servidor de Dios.

Y el diálogo entre el juez, de concepciones ateas, y el jesuita, prosiguió en estos términos.

— ¿Dónde habita su amo?

— En todas partes.

Y, sin inmutarse, Rigault dirigiéndose al ujier, le dijo:

— Escriba usted: Ducaudray, servidor de un llamado Dios, en estado de vagabundaje.

Páginas y más páginas se han escrito reflejando el heroísmo, la viril entereza de que dieron prueba los luchadores de la Commune. Lissagaray refiere los últimos momentos de Delezcluze, aquel hombre de clara inteligencia y de espíritu sereno. Uno de los más firmes pilares de la revolución. Se le vio avanzar firme, imperturbable, depasando, cara al enemigo, los parapetos de Montmartre. Sólo, a cuerpo descubierto, hacia una muerte segura. ¡Y cayó héroe de la revolución, acribillado a balazos!

Teófilo Ferré, apresado por los versalleses en la colina de Satory, supo hasta el último momento de su existencia mantener enhiesta su dignidad. Declaró ante el tribunal que le condenó a muerte: «Miembro de la Commune de París, estoy entre las manos de sus vencedores. Quieren mi cabeza, ¡qué la tomen! Jamás salvaré mi vida por cobardía. Libre he vivido y quiero morir igual. Solamente he de agregar unas palabras: La fortuna es caprichosa. Confío al porvenir el cuidado de recordarme y de vengarme.»

**DIGNIDAD Y ABYECCION  
ENTRE LOS INTELECTUALES**

UN escritor de ascendencia aristocrática, con poca predisposición a la emancipación de las masas obreras, mas poseedor de un elevado concepto de la dignidad, fue Barbey d'Aurevilly, quien escribió al respecto de la Commune: «Paris ha sabido sobrevivir. El sol brilla en torno a la rebelión. La indomable Libertad se ha levantado vacilante, pero apoyada sobre un conjunto de banderas rojas, desafiando los espectros homicidas de Berlín y Versalles. En el fondo del horizonte el Arco del Triunfo se curva sobre la guerra civil. Por las rochas, los bulevares iluminados, las muchachas, los teatros, las discusiones, en fin, son libres. Los cafés, bulliciosos, tienen un aire de liberación. Paris mantiene su idea. Y es cabezudo, como lo ha comprendido muchas veces el mundo entero. Algunas tiendas se han cerrado; algunos miedosos han huído. Ni el invierno, ni el estar sitiados, ni el hambre, ni la traición, ni la conciencia del desastre, ni las amenazas respecto al porvenir, han prevalecido contra la serenidad de la vieja capital.»

Dauber, en su libro «El fondo de la sociedad», expresa: «Las mujeres eran como los hombres: intrépidas, implacables, furiosas. Jamás se las llegó a ver en tanta cantidad como en aquellas circunstancias, provocando el peligro, las manos llenas de pólvora, la espalda magullada por los golpes de retroceso del fusil... Su ambición era la de ser más que los hombres, desafiando la muerte. ¡Cuánto valor en defender las barricadas, qué frenesí en el combate y cuánta serenidad al hallarse adosadas al muro, frente al piquete de ejecución!»

Los escritores famosos, en su mayoría, cometieron la villanía de atacar a la Commune. Así Gustavo Flaubert, el que en «Bouvard et Pecuchet» y en su «Diccionario de los lugares comunes», había atacado al espíritu burgués, dijo al respecto de la Commune, en carta dirigida a la Georges Sand, fechada en el 18 de octubre de 1871: «Me parece que se tendría que conderar a

galeras a toda la Commune, y obligar a esos sangrientos imbéciles a desembarazar las ruinas de Paris, llevando una cadena al cuello, como simples condenados...»

Para Maxime du Camp la Commune no fue otra cosa, según escribió en «Convulsión de Paris», que «un exceso de envidia furiosa y de epilepsia social.»

Teófilo Gautier, en sus «Tableaux du siège», estampó las más venenosas expresiones: aludió a los de «corazón de monstruo», a los «animales feroces», «las hienas de la Commune.»

Paul Lidsky, en su obra «Los escritores contra la Commune», ha señalado buen número de elementos, citando las frases abyectas que se prodigaron contra aquellas mujeres y hombres que perdieron la vida por defender la justicia y la libertad. Pocos, bien pocos, como Víctor Hugo, levantaron su voz de protesta ante las terribles masacres ordenadas por el gobierno de Thiers. Al parecer, Anatole France, que entorces era bien joven, obrando a la ligera, expuso opiniones contrarias a los «communards», frases de las que más tarde se arrepintió. Había manifestado que se trataba de «un gobierno de crimen y demencia», «un comité de asesinos.»

Georges Sand: «Esos hombres han sido agriados por la decepción de sus ambiciones, el patriotismo mal entendido, el fanatismo sin ideal, la ingenuidad del sentimiento o la maldad natural.»

Lecomte de Lisle: «Esta liga de todos los descalificados, de todos los incapaces, de todos los envidiosos, de todos los asesinos, de todos los ladrones, malos poetas, malos pintores, periodistas fracasados, novelistas de baja estofa.»

El suave, el sentimental Alfonso Daudet, el de «Le Petit Chose» y de las inefables «Lettres de mon moulin», aludió a los de la Commune, tratándolos de inútiles, truhanes e incapaces.

La Condesa de Segur, escritora autora de innumerables novelas blandengues, insípidas y banales, escribió: «Los communards, por haber bebido tanto vino y aguardiente su reinado de bandidos, la

menor herida les resulta cancelosa.»

De Alejandro Dumas, hijo, hay una expresión de refinado cinismo, refiriéndose a las mujeres de la Commune: «No diremos nada de sus hembras (las mujeres de los que lucharon) por respeto a las mujeres, a las que ellas se parecen, cuando están muertas.»

Francisque Sarcey: «Las mujeres llevan en esos excesos de locura una exaltación más feroz que los hombres.»

Hipólito Taine, el pensador de renombre, autor de obras capitales, como «La inteligencia» e «Historia del arte», traducidas a todas las lenguas cultas, se puso en evidencia al referirse a los que batallaron defendiendo la «Commune». Dijo de ellos: «¡Miserales! ¡Son lobos rabiosos!»

De entre los que vivieron: la «Commune» tres poetas destacan en favor de los vencidos. Tres poetas de «élite»: Víctor Hugo, Pablo Verlaine y Arturo Rimbaud. Un escritor de notoriedad, en torno al que hasta ahora se ha hecho el silencio, por el hecho de haber batallado en las filas de los federados: Jules Vallès. Emilio Zola, al igual que Anatole France, tuvo la nobleza de rectificar, tiempo después de haber emitido juicios desacertados acerca de los «communards».

Hubo dos poetas, menos conocidos que los antes citados, que actuaron en la Commune: Pottier y J. B. Clement. El primero, escondido de la represión en un granero, concibió el himno de alcance mundial: «La Internacional». El otro, Juan Bautista Clebert es el autor de «Le temps des cerises», la hermosa y evocadora canción, «dedicada a la valiente ciudadana Luisa». Es de suponer que se refería a Luisa Michel, a quien Verlaine dedicó unos versos magistrales, como igual hizo Víctor Hugo.

Dos hombres de ciencia, dos sabios de renombre internacional, vibraron de entusiasmo por la Commune y a ella aportaron todo su esfuerzo: Elias y Eliseo Reclus. El primero fue nombrado director de la Biblioteca Nacional. Eliseo, tras la lucha en las barricadas, cayó preso de los versalleses, sufriendo estoicamente los malos tratos e insultos de los

brutos uniformados y de las orgullosas e histéricas esposas e hijas de burgueses. Salvó la vida gracias a las campañas que se hicieron internacionalmente en su favor.

Bastantes otros, incluso llegados de lejanos países, salidos del seno de la aristocracia, poseyendo dotes relevantes en el sentido intelectual, dieron ejemplo de dignidad, dieron una lección de honradez, de justicia y de valor, a quienes, por miedo, por espíritu burgués y reaccionario, atacaron a los defensores de la Commune.

#### LA PERENNE EJEMPLARIDAD

CON sus aciertos y sus errores la Commune de París ha quedado en la Historia como

un destacado hito. Por encima de la inmundicia de insultos y calumnias, queda, quedará perenne, el fulgor de idealidad, el heroísmo de quienes se batieron contra un estado social cimentado en la injusticia.

La sangre vertida no lo fue en vano. Ya Eliseo Reclus, en su obra «Evolución y revolución», tras de haber vivido el período sombrío de la sangrienta represión, oteando con el pensamiento el porvenir, expresó ideas de esperanza: «Los treinta y cinco mil hombres que fueron degollados en las calles, en los cuarteles y cementerios, no murieron en vano, y de sus cenizas han nacido los vengadores. ¡Cuántos otros París, cuántos otros focos de revolución han surgido entonces en el mundo!»

Bakunin manifestaba a este respecto: «La humanidad se desarrolla lentamente, demasiado lentamente — ¡ay! — y es por una serie de errores, de faltas, de crueles experiencias sobre todo, que son siempre su consecuencia necesaria, como los hombres consiguen la verdad.»

Varlin, ante sus jueces, desafió la muerte, convencido de que no moriría en vano. Jules Vallès tenía el orgullo romántico de considerar que su nombre quedaría en «el taller de las luchas sociales», como el de un obrero consciente de su cometido. Y para nosotros, los que no hemos perdido la fe y el convencimiento al respecto del ideal, la Commune de París nos ofrece motivo de reflexión y un ejemplo para las decisiones supremas.



# FERRER

## y la pedagogía antimilitarista

### INTRODUCCION

**H**EMOS considerado dar a la publicidad este extracto del prefacio a la reedición alemana de La Escuela Moderna, de Francisco Ferrer, elaborado por el amigo Karl Schneider, por la importancia e interés que contiene y para mayor ilustración de los individuos interesados por la enseñanza racionalista. Lo hemos entresacado de entre las páginas del prestigioso Boletín de la C. I. R. A., número 22, marzo de 1971 y el cual se edita en Beaumont 24-1012 Lausanne, Suiza. Su traducción del francés ha sido efectuada por Félix Alvarez Ferreras.

Esperamos que los compañeros y amigos, admiradores de la enseñanza racionalista, acojan este trabajo con calor y divulguen al mismo tiempo las ideas del ilustre maestro Francisco Ferrer Guardia, que supo morir gritando ¡Viva la Escuela Moderna!

Es interesante confrontar las ideas de F. Ferrer con las de otros pedagogos de la tendencia llamada «no autoritaria», principalmente los diversos representantes del marxismo.

La teoría y la práctica de la educación marxista no han dado lugar a ninguna concepción verdaderamente homogénea. Nos limitaremos luego entonces a poner paralelamente las ideas de Ferrer con algunas teorías de base de inspiración marxista que hallamos constantemente en algunos pedagogos, en particular Clara Zetkin, Edwin Hoernle y Otto Félix Kanitz. Las similitudes de opiniones son sorprendentes en numerosos puntos — análisis de las concepciones en vigor en la enseñanza sin ninguna distinción de clase, etc. Insistiremos toda vez aquí sobre las divergencias que caracterizan sus puntos de vista respectivos.

Hay que admitir que la educación no juega un papel de primer orden en los pedagogos marxistas. Conformemente a la concepción materialista de la historia, es la base socio-económica quien determina el clima intelectual cuya educación es precisamente uno de los aspectos. La teoría y la práctica de la educación están, luego entonces, en correlación con las condiciones sociales y económicas en presencia. Sería cometer error intentar modificar el orden social por el sesgo de la educación; únicamente una revolución de las estructuras de base puede conseguir un verídico cambio. Se desprende

que en la sociedad burguesa, una educación socialista no puede ser juiciosa y valedera más que en una débil medida y por mucho que podamos percibir un proceso de evolución entre la base y el clima que emane. La educación socialista no puede ser más que una actividad desordenada. Esas ideas — expresadas aquí de forma muy esquemática — explican el por qué las nociones de pedagogía marxista que disponemos carecen de cohesión.

Ferrer atribuye a la educación un lugar mucho más importante en la jerarquía de los valores. Para él toda la fuerza de la clase dominante reside precisamente en la educación. Siendo dada la complejidad del proceso de producción, es indispensable asegurar al menos la formación profesional de la gran masa. «La aparición de una corriente de ideas libertarias», no habiendo sido jamás excluida, esta educación de las masas presenta siempre un peligro latente para la clase dominante, por eso ejerce un control riguroso sobre la enseñanza. Y llega a defender sus privilegios y sus intereses adoctrinando las masas, difundiendo los preceptos de la moral burguesa, seleccionando juiciosamente las materias enseñadas y obrando, si necesidad, por la fuerza. Ferrer considera que el fondo del problema es el abstraer la enseñanza a los intereses y al dominio de la clase dominante y el conferirle una autonomía propia. Y fue con esa idea que fundó su Escuela Moderna con el concurso de intelectuales y de colaboradores progresistas. Liberada así de la dominación de los poderes públicos y de las instituciones religiosas, la educación puede desde ese momento colocar sus primeros jalones susceptibles de conducir a una mutación de la sociedad. Únicamente una «reforma sistemática de los medios de enseñanza» acompañada de una educación del pueblo puede permitir a la comunidad humana «emprender caminos verdaderamente orientados hacia el porvenir». De ahí la importancia que Ferrer acuerda a la educación cuando se trata de suscitar un espíritu revolucionario, pero se halla totalmente convencido de que una reforma de la enseñanza no puede conducir hacia una nueva sociedad.

Las concepciones de Ferrer y las de la pedagogía marxista difieren igualmente en cuanto a los objetivos que persiguen. Podemos comprobar el fin que los teóricos marxistas intentan alcanzar por dos citas: «Formar combatientes lúcidos que sepan discernir dónde se hallan los enemigos de la clase

obrero, formar soldados de la revolución, de la libertad, del progreso» (Clara Zetkin); «Salvaguardar los hijos de nuestra clase, educarles para esta clase, insuflarles el sentido de la solidaridad proletaria, de la comunidad comunista, insuflarles la energía del combate al servicio de la revolución, tal es la gran labor de los grupos de juventudes comunistas» (Edwin Hoerrle). La educación se halla luego aquí subordinada a la lucha de clases. Ella es considerada como un instrumento de conquista del poder político. Para los teóricos marxistas, los objetivos de la educación se sitúan siempre a nivel de la sociedad y todo individualmente es sofocado.

La óptica de Ferrer es completamente diferente. Para él, la enseñanza persigue fines individuales: «La Escuela Moderna (...) se dirige a los niños y la educación tiene precisamente por misión el prepararlos para que se hagan hombres; es decir, ella debe abstenerse de cultivar en ellos la voluntad de potencia, la envidia, el odio e igualmente la servidumbre y la rebelión. En otros términos, ella no debe apuntar a recoger los frutos antes de ser producidos y cultivados o tender a inculcar un sentimiento de responsabilidad mientras las condiciones previas al desarrollo de un sentimiento semejante no se hallen reunidas y que la conciencia haya llegado al grado de madurez requerida. La escuela enseña a los niños a ser hombres. Y cuando éstos lo sean, entonces se rebelarán ellos mismos llegado el momento oportuno». Esta citación resume todas las ideas de Ferrer en materia de educación. El niño debe en primer lugar crecer, desarrollar sus facultades, tomar conciencia de sus sentimientos. La educación debe apuntar en primer lugar a desenvolver plenamente y armoniosamente el individuo. Y esta educación no le convertirá, es seguro, en un ser insociable y despojado de lucidez en cuanto al contexto social que es llamado para vivir. Esta concepción del individuo se halla muy alejada de la de los pedagogos marxistas: el hombre ni es solamente el producto de las condiciones económicas de su medio, lleva consigo la marca de todos los factores materiales y culturales que condicionan la vida en sociedad. Como otros tantos anarquistas, Ferrer ha llegado a esas conclusiones de forma totalmente intuitiva, pero no impide que las averiguaciones llevadas a cabo sobre la psicología de las profundidades no hacen más que confirmar sus propias ideas — un punto sobre el cual volveremos. A la vista de Ferrer, individualismo y solidaridad son, no incompatibles, más sí indisolubles. Únicamente el individuo libre, totalmente desarrollado sobre el plano afectivo e intelectual es capaz de experimentar un sentimiento de solidaridad y, además, de cooperar con sus semejantes. Y tan sólo el hombre que participe a la edificación de la comunidad está en medida de llegar al pleno desenvolvimiento de sus facultades. Esas explican por qué Ferrer se niega a reducir la educación al papel de un simple instrumento de la lucha de clases. Por eso es que la enseñanza que daba en su escuela se dirigía a niños que provenían de todas las capas sociales. Una escuela que se dirigiera solamente a jóvenes proletarios y cuya enseñanza fuese dictada por consideraciones de lucha entre

clases engendraría finalmente en los niños únicamente sentimientos de odio. Luego el odio es mal consejero. Es ése un mal punto de partida para una evolución de la sociedad, porque el odio puede ser manipulado y orientado en todo momento en no importa qué dirección. Ferrer reconoce expresamente a todos los que son explotados u oprimidos el derecho a rebelarse, pero la rebelión debe nacer de un sentimiento de ayuda y de solidaridad auténtica si su fin es verdaderamente el de crear una sociedad libre en la que la explotación no tendrá lugar, y si su objetivo no es el de reemplazar un sistema injusto por otro tan injusto. Por otra parte, Ferrer considera que su escuela debe ser un modelo de justicia social, de ahí su voluntad de inducir temprano a la juventud a dar prueba de solidaridad y de ayuda.

Con divergencias de opiniones se hallan en la elección de métodos y medios didácticos retenidos para llegar a los fines deseados. Las recomendaciones hechas por los pedagogos marxistas no son de verdadera ayuda y atestiguan un desconocimiento profundo de la naturaleza humana. Para que los padres puedan hacer de sus hijos militantes devotos a la causa del proletariado, se aconseja contar a los niños las luchas llevadas a cabo por la clase obrera, las represiones y las persecuciones, cual ha sido objeto.» Se invita a los padres a hacerlos participar en las huelgas y debates políticos (...). Se les recomienda «recitar a los niños poemas exaltando la libertad, enseñarles cánticos de los trabajadores y el familiarizarlos, en grandes líneas, con los objetivos del socialismo colocándose a su alcance (1). Las representaciones teatrales son igualmente recomendadas y E. Hornle, particularmente, las considera propias a caricaturar los aspectos de la vida política y social.» La policía, la escuela y la iglesia pueden ser aquí presentados bajo forma burlesca o sugestiva, al igual que las relaciones entre capitalistas y obreros asalariados, obreros y campesinos, soldados y proletarios.» La visita de los elevados lugares de la lucha revolucionaria (las tumbas de las grandes manifestaciones, etc.) todo esto debería, según Hornle, preparar a los niños para devenir futuros campeones de la lucha de clases.

Ferrer no trata de prescribir una serie de recetas. Para alcanzar el fin que se ha asignado, hacer un hombre libre, totalmente desarrollado y por consiguiente una sociedad libre, sustituye a los métodos antiguos de enseñanza dogmática una «técnica pedagógica, científica y racional». Los medios de educación tradicional — recompensas, sanciones, axámenes, concurrencia, reprimendas, etc., — deben desaparecer. Ferrer parte de la impulsión natural que empuja al niño para que no permanezca inactivo y a entregarse espontáneamente a toda clase de actividades. «En la medida en que ese trabajo está estructurado en forma orgánica, basta con mantener el elemento motor, la lógica y la disciplina propias al trabajo para que se manifieste espontáneamente, se llega así por el camino más corto a un método de enseñanza completa, sencilla y natural.» El educador no puede cumplir correctamente su papel de animador y de enseñante si

no conoce las aspiraciones y necesidades del niño. Ferrer no cree que el niño mantenga en él disposiciones innatas y que únicamente basta dejarle crecer. El niño, por ejemplo, no tiene ideas clavadas en él desde su nacimiento. Es al educador a quien incumbe poner su formación científica a servicio del niño confrontándole con impresiones suscitadas del exterior con el fin de implantar en él gérmenes susceptibles después de desarrollarse bajo forma de ideas. El niño debe, es claro, ser guiado y formado, pero no se trata de hacerle «tragar» el saber. El educador debe limitarse a estimularle y dejar al niño la facultad del desarrollo, pero no deberá en ningún momento presentarse como un personaje autoritario y todopoderoso, habilitado para imponer sus puntos de vista y sus preceptos. El educador aporta su concurso al niño, pero este último es libre de interpretar los hechos como él lo entienda. Vemos así desarrollarse un hombre libre que luchará para que «los humanos puedan vivir en el amor, la alegría y la belleza.»

Para concuir con este paralelo entre la pedagogía marxista y la Escuela Moderna de Ferrer establece claramente la diferencia entre sus preocupaciones y las de la educación política (2). «Nuestro método de enseñanza, por otra parte, no tiene nada de común con la política. Nuestra misión es la de formar individuos con plena conciencia de sus facultades, luego la política subordina las facultades de los unos a los otros. Introduciendo el elemento divino y su poderío, la religión ha cometido abusos monstruosos y frenado el desarrollo de la humanidad. Los sistemas políticos, toda vez, no han hecho mejor, enseñando a los hombres a someterse a la voluntad de otros hombres — han atrasado ellos también la evolución de la humanidad. Todo educador que se diga racional debe esforzarse por hacer comprender a los niños que la servidumbre y la tiranía no podrán desaparecer mientras tanto un hombre dependa de otro hombre. Debe estudiar las causas de la incertidumbre en la que el mundo se halla sumido, situar y conocer el origen de los elementos motores que permiten al sistema social perpetuarse, ello para poder llamar la atención de los alumnos sobre todos esos puntos.»

Un paralelo entre la Escuela Moderna abierta por Ferrer en Barcelona en 1901 y la experiencia llevada a cabo a partir de 1921 por A. S. Neill en Summerhill confirma el papel de primer plano jugado por Ferrer en la educación no autoritaria. Neill tiene muchos más puntos en común con Ferrer que con los pedagogos marxistas. Aunque se inspire, al menos en teoría, de la enseñanza del psicoanálisis, al igual que Ferrer, está convencido de que el hombre es naturalmente bueno y cooperativo. Y él también cree que el niño no puede desarrollarse más que en un clima de libertad. Rechaza toda forma de obligación y de opresión en la enseñanza. Toda la importancia de Neill en la educación no autoritaria reside precisamente en esta actitud consecuente. Sería desde luego injustificado criticar su rechazo a toda forma de opresión y el querer restringir en ciertos dominios la libertad acordada al niño. Existe igualmente identidad de puntos de vista con Ferrer en cuanto al

fin que debe perseguir la enseñanza: la educación debe ser uno de los medios para encaminarse hacia una vida feliz, pero ahí, Neill se ha detenido en el camino. No deseando la felicidad de los hombres en tanto que individuos, olvida el considerar la dimensión social y política de la enseñanza. Olvida, en efecto, que no puede haber desarrollo armonioso y conforme a las exigencias de la naturaleza humana que en la medida que se tiene en cuenta los dos factores. Esta indiferencia de Neill frente a los problemas relevantes del contexto social se manifiesta en un cierto número de actitudes. Neill, por ejemplo, utiliza en su escuela los manuales en uso en los establecimientos de enseñanza pública. No intenta, tampoco, poner a punto un sistema didáctico que tenga en cuenta enseñanzas de la psicología pedagógica moderna. Neill no atribuye más que una importancia menor a todas estas cuestiones, el elemento determinante siendo para él que el niño pueda formarse en un clima de libertad. La cosa enseñada o el modo de enseñanza no está puesto en causa. Ferrer, él, atribuye una gran importancia a los manuales escolares. Se niega a adoptar puramente y simplemente las obras escolares de la época con todos sus farragos de aserciones anticientíficas y moralizantes. Veía un peligro para el desarrollo intelectual del niño. El alma y el espíritu de un niño, lo reconocía, son muy permeables — un hecho que la clase dominante no ha olvidado de explotar al extremo para rendir a sus sujetos más acomodaticios. Para Ferrer era claramente imposible asegurar la educación de los niños dentro de un espíritu libertario, utilizando los métodos y los manuales de enseñanza burguesa. Y en la presente obra, Ferrer indica cómo ha resuelto el problema en el cuadro de su Escuela Moderna.

Otro síntoma de la actitud apolítica de Neill se revela en las actividades ulteriores de los niños que le son confiados. Los alumnos de Summerhill abrazan en efecto las carreras más diversas: universitarias, artesanos, artistas... y se cuentan incluso en sus filas un policía, un piloto de bombardeo, etc. A los ojos de Neill, la profesión ejercida es completamente secundaria; lo que cuenta es para cada uno la facultad de poder trabajar con placer y llevar una vida bien completa. Queda por saber si una educación revolucionaria ha llegado a su fin verdaderamente cuando un hombre ejerce con satisfacción una profesión: en la que su contribución a la mejoración de la comunidad humana no puede ser que muy modesta, esto es una sociedad incambiable, siendo dado que no hay ningún medio a su disposición para hacerle evolucionar. Esto dicho, no hay porqué extrañarse que en una escuela como la de Summerhill — «un ejemplo revolucionario de escuela libre» — pueda mantenerse desde hace cincuenta años en una sociedad represiva. Juzgada rápidamente muy peligrosa para la clase dominante, la Escuela Moderna de Ferrer, sin embargo, ha sido velozmente cerrada. Hallamos los mismos defectos de lucidez en el plano cultural y social en la actitud de Neill frente al psicoanálisis. Tenía ya detrás de él una larga carrera de educador cuando descubrió y

estudió a Freud. La personalidad de Neill ha marcado profundamente su pedagogía lo mismo en sus principios que en su aplicación práctica. Si se ha adherido casi sin reserva a las enseñanzas del psicoanálisis, esto no ha tenido repercusiones muy favorables sobre su concepción de la enseñanza. No era lo suficientemente clarividente para percibir una visión de conjunto del problema, tomar las entradas y salidas, y es lo que explica su actitud. Si se refiere a las teorías de Freud en sus obras, en la práctica éstas finalmente han influenciado muy poco a su enseñanza. Esta crítica no apunta, en ningún momento, a poner en causa la experiencia de Neill y no tiene nada que ver con las calumnias que se placen en extender ciertos medios reaccionarios en donde se lanzan gritos tan pronto como se acuerda a los hombres la mínima libertad.

Ferrer pone el acento sobre los fenómenos sociales abandonados por Neill. Si Ferrer desea una educación «neutra», quiere también hacer de los niños seres atentos a las lagunas y a las injusticias de la sociedad, teniendo en cuenta la facultad de asimilación propias a cada uno. Contrariamente a los pedagogos marxistas, no busca a darles una enseñanza inspirada por una tendencia sociofilosófica particular, pero hace aptos a sus alumnos para analizar y hasta corregir los fenómenos sociales desarrollando en ellos el juicio, el altruismo y el espíritu de solidaridad. Ahí reside todo el valor de la enseñanza de Ferrer. Los trabajos de los alumnos que aparecieron en la época en el Boletín de la Escuela Moderna y entre los que algunos han sido reproducidos en la reedición alemana atestiguan el éxito conseguido por Ferrer y son tanto más reveladores cuando pensamos en la brevedad de esa enseñanza.

Las concepciones de Ferrer y las de otros autores indicados permiten sacar algunas conclusiones generales.

Tanto en la teoría como en la práctica, los pedagogos marxistas no han llegado, hasta hoy, a elaborar un modelo de educación coherente y compatible con los criterios de la psicología moderna. La concepción autoritaria de la enseñanza en los Estados socialistas aporta la prueba evidente.

La experiencia de Summerhill, debida a Neill es, ciertamente, un modelo de educación libertaria, pero no deja de ser insuficiente porque no se acompaña de una reflexión sobre los fenómenos sociales y los problemas que se relacionan.

La concepción de Ferrer, contrariamente, es la única que, en su conjunto, tiene en cuenta las enseñanzas de la psicología moderna de las profundidades. Hay que saludar en Ferrer al hombre que el primero — y sin poder aquí extraer de sus predecesores — en comprender la importancia de los problemas de la educación libertaria apuntada por una concepción científica del mundo y una reflexión sobre los problemas sociales. Y para resolver esos problemas — que se presentan hoy día como ayer — ha tenido el valor de emprender nuevos caminos para intentar ir más adelante. Sus méritos han sido reconocidos. Eminentes sabios y socialistas han defendido su obra y su personalidad. En cuanto a nosotros, nuestro papel se limitará a reconocer y apreciar la importancia de su obra y de su concepción del hombre despejando las consecuencias que ellas puedan tener para nuestro tiempo.

(1) Según Clara Zetkin, citada por «Erziehung und Klassenkampf», Berlin 1870, p. 28.

(2) Por «educación política» Ferrer entiende «este método, instaurado en Francia después del derrumbe de la Monarquía, que consiste en estimular el patriotismo y a presentar el sistema existente, oficial, como el instrumento de bienestar general.»



naje de sociedades y federaciones de todos los oficios, de oficios similares y de oficio único, con sus comisiones de propaganda y correspondencia, sus estadísticas, sus congresos, sus cajas de resistencia y toda aquella vida intelectual y de acción, capaz, de ser bien practicada, de efectuar, no sólo la revolución social en breve plazo, sino de organizar por su propio funcionamiento la Sociedad Futura.»

De aquella Conferencia trata James Guillaume (7), en *L'Internationale, documents et souvenirs (1864-1878)*, de donde traduzco lo siguiente:

«El delegado español Anselmo Lorenzo, único que llevaba un mandato imperativo, presentó a la Conferencia un trabajo serio, elaborado por una reunión de delegados de las secciones españolas. Aquel trabajo, que hubiera podido contrariar las decisiones previamente adoptadas por Marx y sus amigos, fue escamoteado so pretexto de traducirlo; arreglándose para hacer creer que el proyecto español vendría como enmienda al del Consejo general, sin más consecuencia que la mención en el párrafo 3º del artículo XIII de los acuerdos de aquella Conferencia, que dice así:

«La Conferencia da gracias fraternalmente a los miembros de la Federación Española por su trabajo sobre la organización internacional, que prueba una vez más, su abnegación por la causa común» (8).

La Memoria presentada en aquella Conferencia era un extracto del folleto «Organización social de las Secciones obreras de la Federación regional española», adoptado por el Congreso obrero de Barcelona de junio de 1870, que reconstruyo al presente según mis recuerdos y teniendo a la vista el citado folleto, con lo cual este trabajo puede reunir el doble carácter de significación histórica y de excitación de propaganda sindicalista.

Redactor: aquella Memoria los delegados de la Conferencia de Valencia encargados de dictaminar sobre la reforma de Estatutos, quienes, en el prefacio que escribieron para la segunda edición reformada de «La Organización social», declararon, lo mismo que en dicha Memoria, lo siguiente:

«Para lograr el objeto que se propone la Asociación Internacional de los Trabajadores tiene en sí diferentes organizaciones, que parten de la Sección, y que se forman por los diversos pactos que éstas hacen entre sí. Así, por ejemplo, la Sección, pactando con otras del mismo oficio, a fin de estudiar los problemas propios y peculiares a éste y para

# Ascendencia y Trascendencia del Sindicalismo

---

Prólogo y notas de V. Muñoz

---

(7) James Guillaume (1848-1916). Cronista libertario de la llamada Primera Internacional.

(8) *L'Internationale, Documents et Souvenirs (1864-1878)*, por James Guillaume (Paris: P. V. Stock, 1905-1910). Cuatro tomos.

Entereza de ánimo, fortaleza de espíritu, inflexibilidad de conducta, fervor ideal, concordancia de pensamiento y acción; todo, en fin, lo que cae fuera de la vulgar pequeñez humana, todo ello vivió y perduró en Anselmo Lorenzo hasta el último instante de su existencia laboriosa.

Ricardo MELLA y CEA

ficiados con la demanda extraordinaria causada por la huelga.

El dinero de defensa burguesa acumulado de ese modo asciende a muchos millones. ¡Qué vale ante ellos el montón de céntimos solidarios, picado además por funcionarios, representantes y vividores!

Reconoce la burguesía, y con ese reconocimiento tiene asegurado el apoyo decisivo del gobierno, que no debe alterarse el equilibrio económico establecido sobre la reciprocidad entre la oferta y la demanda, ni siquiera para atender las quejas lastimeras lanzadas por los desheredados, porque lo contrario representa la perturbación del orden social.

Por su parte, el proletariado no puede avenirse a la condición de permanente y misera inferioridad, y reconociendo que la lucha por la justicia social no es una subasta en que el objeto codiciado haya de adjudicarse al mejor postor, desprecia el dinero, le rebaja de condición y le emplea en menesteres secundarios de organización, librando al ideal de la vileza del precio.

He ahí por qué los obreros emancipadores españoles que tan noblemente sintieron el ideal, visto que la organización de su segunda Federación Española (5) se empequeñecía por atavismo autoritario, la disolvieron, dejando a los atávicos incorregibles que se aburrieran en el neo-socialismo de su partido obrero y de su U. G. T., viniendo al fin, tras largo período de luchas y persecuciones, a quedar patente que el neo-socialismo parlamentario es una desviación traidora, y que el sindicalismo, que va a la supresión del patronato y del salariado, se halla en la vía que conduce a la conquista del patrimonio universal.

Se confirma lo expuesto con los siguientes datos históricos:

De mi **Proletariado Militante** (6) y capítulo referente a la Conferencia de Londres tomo lo siguiente:

«Lo único en carácter, lo genuinamente obrero, lo puramente emancipador tuve yo el alto honor de presentarlo en aquella Conferencia: la Memoria sobre organización formulada por la Conferencia de Valencia.

»Ante delegados de naciones tan industriales como Inglaterra, Alemania y Bélgica, avezadas, especialmente la primera, a las luchas económicas, causó gran efecto aquel engra-

(5) Federación de los Trabajadores de la Región Española.

(6) *El Proletariado Militante, Memorias de un Internacional. Primer período de la Asociación Internacional de los Trabajadores en España*, por Anselmo Lorenzo (Barcelona: Antonio López, Editor, Librería Española, Rambla del Centro, nº 20, año 1901, páginas 446, tamaño 18 x 11 cm.).

## PROLOGO

el dato histórico, y aprovechemos la lección con el fin de evitar retrasos lamentables; el moderno sindicalismo desciende en línea recta de los acuerdos del primer Congreso obrero de Barcelona y del proyecto de organización obrera presentado por la delegación española a la Conferencia de Londres de 1871, recopilados en aquellos reglamentos típicos publicados por la Federación local de Barcelona. En aquella recopilación se hallan los estatutos internacionales, nacionales, locales, de federaciones de oficios similares, y reglamentos de agrupación local, de sección de oficio, de sección de oficios varios, de agricultores, de sociedad cooperativa de consumo, terminado por un reglamento de discusión.

Un error, impuesto por los antecedentes y circunstancias, deslizado en aquella organización, reconocido y abandonado después por unos, y no reconocido y continuado aún por otros, mantiene un pernicioso dualismo obrero, favorable al capitalismo y a los gobernantes.

Confíaron los internacionales primitivos en la eficacia de las cajas de resistencia, y atribuyeron al dinero un poder revolucionario que no tiene, que no puede tener, porque su posesión constituye privilegio, inspira desconfianza, rebaja los caracteres y mata la natural rebeldía.

Adosaron a la organización obrera la caja de resistencia, como recurso para imponer legalmente condiciones al capital por medio de la huelga sobre la base del subsidio a los huelguistas; y la práctica ha demostrado, además de su ineficacia para el objeto principal, que ha servido para suscitar ambiciones y para crear una burocracia obrera con todas sus funestas consecuencias.

Los burgueses, tomando ejemplo de los trabajadores, se organizaron a su vez para contrarrestar la resistencia obrera, y, disponiendo de mucho más dinero, con superior inteligencia y con el apoyo gubernamental, predominaron.

He ahí, sin frases, explicada una de las causas del fracaso general de la Internacional, y la principal del de las Federaciones internacional y nacional españolas.

Estudiando detenidamente tan importante asunto, se halló que si a la fuerza de las modernas compañías industriales se agrega el poder de la solidaridad burguesa, resultará que la cuota obrera es a la guerra económica lo que la antigua fusilería y las barricadas al poder del moderno armamento y de la táctica novísima de un alzamiento popular.

En efecto, ramos hay de la industria que han celebrado pactos internacionales destinando un tanto por ciento considerable, equivalente a lo que reportarían los beneficios industriales atacados por la huelga, si sus fábricas funcionaran normalmente, pagados por los industriales extranjeros bene-

Hace 100 años y por lo tanto un siglo justo, en este mes de junio de 1971 que Anselmo Lorenzo viajaba a Londres. Si en la capital londinense se hubieran aceptado las enseñanzas de que era portador, fruto de la sabiduría y clarividencia de los libertarios españoles ya seculares, la Sociedad estaría a estas alturas liberada de las fuerzas del mal que la oprimen desde los albores de los tiempos y que están representadas en la entidad Estado.

Los dos primeros capítulos del presente folleto tienden a rememorar este centenario. Han sido extraídos del que parece ser el último libro publicado de Anselmo Lorenzo y que es el siguiente:

*Hacia la Emancipación* (Mahón: Biblioteca de «El Porvenir del Obrero», calle Pi y Margall, 23, año 1913, páginas 157 más una hoja, tamaño 19 x 12,5 cm.).

Si bien el folleto va titulado con los títulos puestos por Anselmo Lorenzo a dichos dos capítulos, contiene como apéndice otros dos trabajos importantes.

El primero sobre el ciudadano y el productor, procede del *Primer Certamen Socialista* (Reus, 1885) y que Anselmo Lorenzo incluyó en la que parece ser la última antología libertaria por él realizada y que es la siguiente:

*Almanaque de «Tierra y Libertad» para 1914* (Barcelona: Imprenta «Germinal», Ronda de San Pablo, 36, año 1913, páginas 204 más dos hojas, tamaño 20 x 12,5 cm.).

El segundo procede de la revista *Acracia* (Barcelona: 1908-1909) y se vincula con la estancia de Anselmo Lorenzo junto a Francisco Ferrer en Amelie-les-Bains, donde Ferrer escribiera su tan famoso libro *La Escuela Moderna*.

Como observará el amigo lector, la prosa lorenciana fluye armoniosa y persuasiva. En ella no se destila el odio. Anselmo Lorenzo ama a la Humanidad y por ella sacrificó su preciosa vida.

El pensamiento de Anselmo Lorenzo es nítido, diáfano, clarividente. Es anarquista. Ratifica pues ya en el ocaso de su vida, cuando se publicaron los dos primeros capítulos del presente folleto, su concepción libertaria y opuesta a ese *enemigo público* nº 1 de la Humanidad que es el Estado.

Es de esperar que surjan recopiladores de los escritos de Anselmo Lorenzo y que los mismos puedan editarse, para bien de la tan desorientada Juventud de estos momentos, que en él pueden ver a uno de los más grandes Maestros.

V. Muñoz

## ASCENDENCIA DEL SINDICALISMO

A título de confirmación histórica de las ideas anteriormente expuestas (1), y como recuerdo de plática amistosa que tuve poco antes de aparecer la presente publicación (2) con buenos compañeros de Sabadell, expongo lo siguiente:

La influencia de la Internacional, manifestada por los delegados de Madrid y algunos de Barcelona, y la idea de asociación, practicada casi exclusivamente en Cataluña y débilmente sentida en el resto de España, se fundieron en un sentimiento común en el primer Congreso obrero español, celebrado en Junio de 1870, en cuya primera sesión una brillante representación del proletariado español acordó unánimamente su adhesión a la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Formuló aquel Congreso un ideal de libertad y de igualdad y una organización obrera libertadora e igualitaria, con que dio a los trabajadores españoles aquella pura orientación, actualmente combatida por neo-socialistas (3) y parlamentarios, pero que se mantiene por los sindicalistas modernos en su íntegro vigor, dispuesta a vivir tantos años como sean necesarios para que pueda y deba ser considerada como obra realizada y punto de partida para futuros avances progresivos.

Más aun; detalle importante olvidado o desconocido: la orientación de aquel Congreso fue presentada por la delegación de la Conferencia de Valencia de 1871 a la Conferencia de Londres del mismo año; y me atrevo a asegurar que si los delegados internacionales reunidos en Londres hubieran sentido, pensado y resuelto como los buenos orientadores de Barcelona, a que les invitó el delegado español (4), y el proletariado mundial hubiera continuado aquella vía, la Internacional hubiera entrado en el siglo XX con los honores del triunfo.

No sucedió así; lo impidieron muchas causas; pero conste

(1) En los nueve capítulos anteriores del libro *Hacia la Emancipación*, por Anselmo Lorenzo. *Ascendencia del Sindicalismo* es el capítulo décimo.

(2) Es decir, en 1913.

(3) Los primeros internacionalistas libertarios españoles se consideraban socialistas. De ahí que los «neo-socialistas» a que se refiere Anselmo Lorenzo, fuera una corriente socialista no libertaria.

(4) Dicho delegado fue el mismo Anselmo Lorenzo.

# EL TIEMPO EN FICHAS

Calendario y comentarios a cargo de MIGUEL TOLOCHA (1)

AÑO 1694

En Châtenay nace Voltaire, exterminador de supersticiones. Hubiese sido una vida ejemplar si no hubiera estado tanpreciado de sí mismo.

Nace también Quesnay, cabeza visible de los fisiócratas, bajo cuya influencia inauguraron una campaña puramente científica de la sociedad.

Nace también Hutcheson en Escocia, filósofo naturalista con contornos racionalistas. Fue discípulo de Shaftesbury.

AÑO 1695

Aparece de Leibniz «Sistema nuevo de la Naturaleza»; dos bases morales: ideas elevadas, actos nobles y espíritu de sacrificio.

\*\*

Este año muere Juan de Lafontaine. Célebres sus fábulas.

AÑO 1696

Pedro Bayle publica su famoso «Diccionario histórico y crítico».

AÑO 1697

Reueltu hubo en España semejante a las escaramuzas que hoy se ven en Francia por parte de los agricultores. Aquí y ahora suelen hacerse para que no se traiga vino de tras los montes; allí y entonces para impedir que el trigo se lo llevaran de la campiña a la ciudad.

AÑO 1700

Claudio Gilbert publica «Historia de la isla de Talevaja». Utopía a

(1) Agradeceríamos que el lector contribuyera ampliando y multiplicando datos y fichas. — LA REDACCIÓN.

agregar a las numerosas utopías que han surgido.

A 5 horas reducía ya Gilbert la jornada de trabajo. Los avaitas constituyen un pueblo relativamente dichoso. Trabajan 2 horas y media por la mañana y otro tanto por la tarde, alternando el trabajo manual con el intelectual.

\*\*

Se entroniza en España su Borbón: Felipe V. Su advenimiento produjo una guerra de sucesión que duró hasta 1713.

\*\*

Si ahora los niños juegan a gendarmes y ladrones, entonces jugaban a moros y cristianos.

Mentalidad provocada por una mala educación que habrá que corregir por otra más humana, racionalista y moral.

SIGLO XVIII

Durante siglo y medio el teatro español tuvo un maestro: Calderón de la Barca.

En este siglo XVIII es cuando el público empieza a verse saturado de sus autos sacramentales.

Saturado también de ver religión hasta en la sopa; no solamente España sino el mundo vive lo que podría denominarse una revolución metafísica.

Prometeo empieza a pesar más que Jehová.

El cristianismo debe hacer frente a fuertes ataques que se le hacen desde bases diferentes. La oposición más temible es la que a partir de la razón pura no admite la divinidad del judío de Nazaret.

Se prepara pues una época revolucionaria y sacrilega. De Dios, Cristo pasa a ser un inocente o un necio ocupando en adelante una plaza entre la larga lista de hombres con todos

los atributos de nobleza y de comicidad que constituye el jardo de cada quisque.

Es pues un siglo de deicidas, novedad que exige de los pensadores un doble esfuerzo: decir lo que piensan y, como los dioses son antes, pensar lo que dicen.

Para ambas cosas se necesita una recargada disciplina del pensamiento. Se niega la idea de lo absoluto y con esta negación el derecho de matar y en particular en nombre de la justicia.

Hasta ahora los gobernantes mataban en nombre de Dios, ahora matan en nombre de la Justicia. Un poco avergonzados porque ya no hacen de la ejecución un acto de jorgorio popular.

Atacada a fondo la sociedad, el siglo XVIII muere sin fuerza y sin rumbo. La pelota social está en el tejado. El populacho oscila entre bandazos de fuerza y bandazos de debilidad.

El lenguaje incluso sufre una reforma impuesta por la calle. El nos sustituye al yo.

Lo refleja la frase de Lope: «Fuenteovejuna, señor, todos a una.»

Paralelamente se comprueba que tanto en España como en el exterior, los pensadores y los artistas, no contentos con ser testigos de su época, se esfuerzan por humanizar la existencia y los conceptos.

Las relaciones sexuales rompen también la costumbre y numerosas son las crónicas que advierten ciertas novedades. Los casos de incesto, por ejemplo, principalmente entre hermanos, son frecuentes.

En lo social fue un fin de siglo revolucionaria por excelencia, consecuencia de su filosofía.

Los más radicalistas permanecen inquietos y con Proudhon repiten: «Hay que liberarse de la hipótesis de otras vidas, de celestes demoras y de un señor de nuestros destinos».

El siglo XVIII lo fue de caza general de jesuitas como el anterior lo fue de protestantes y jansenistas.

La diferencia fundamental estriba en que en el XVIII se batía Dios contra Dios mientras que en el XVIII el hombre se batía sin máscara divina.

No se batía AMDG, sino con miras a la emancipación del individuo y de los pueblos.

Fermentaron las ideas morales, políticas y económicas. Hubo una lluvia de novelas utópicas. Citaremos las más olvidadas: «Historia de los Saverantes», «Diálogos entre un salvaje y el barón Hutaz», de Guedeville, «El nuevo Gulliver», por Desfontaines, «Memorias», de Lucca, etc.

En todas se celebra la comunidad de bienes sin tuyo ni mío.

A la novela acompañaba el teatro, obra hermosa es «Arlequín Salvaje», de Delisle.

La explotación y los explotadores quedan hechas trizas.

Célebre entre todos es el cura Meslier, ateo.

En Meslier se inspiró, por lo que a antireligioso se refiere, el barón d'Holbach y el propio Voltaire. En todo y por todo surge una nueva moral de la vida. Rousseau lanzó su «Contrato social» y su «Emilio».

Las nuevas corrientes literarias filosóficas y sociales penetran hasta el corazón de los pueblos y más que nunca el error adquiere carta de ciudadanía y las fronteras se ven holladas por la trashumancia humana.

Hay con ello cruce de culturas. El mejor embajador que tiene la francesa en España es Feijóo, cura venerable a pesar de que la Iglesia era tan ruin como ahora, es decir, católica, para dominar en todo el mundo, aldeana para explotar al más retirado campesino.

Sin hipérbolo diremos que Feijóo fue en España una prolongación de los enciclopedistas franceses. Y de cierta manera también es al revés.

Hay quien dice que los mayores enciclopedistas fueron marqueses y duques. ¿Acaso el pueblo podía leer?

Se cita en particular al marqués de Mora, al duque de Villahermosa y al conde de Aranda, amigos de Voltaire.

Fue un trío que combatió y ganó contra los jesuitas y contra la Inquisición.

Marcaban un triunfo para el libe-

ralismo de ese siglo. Y con él vuelve a renacer, tras un periodo de olvido, la figura de Luis Vives.

Quien dice Vives, dice Feijóo, quien dice Feijóo, dice Erasmo.

Sin embargo, para Azorin, el genuino portador del siglo es José Cadalso.

Célebre su libro «Cartas Marruecas», que publicó una vez muerto. Al parecer porque no se atrevió a afrontar las consecuencias debido a la crítica que hacía de la situación social.

Continuidad de lo que bosquejó Cadalso lo encontramos en Larra — más agudo y profundo — y en Costa — más recio y más universal —.

Joaquín Costa es también de este siglo.

Los pensadores ponían en duda la idea de Dios; los sociólogos vislumbraban sociedades más justas y los obreros continuaban trabajando hasta decaer físicamente.

Los mineros escoceses, pongamos por caso, trabajaban 14 horas, ídem los de Newcastle.

La inhumana explotación de que eran objeto permitió a Adam Smith escribir «Riqueza de las naciones».

Benjamin Franklin, sin embargo, ya publicó un estudio según el cual con cuatro horas trabajadas por cada uno habría bastante para cubrir necesidades.

Los adinerados, en lugar de escucharle arreciaron más explotando como desalmados, no sólo a los hombres sino también a los niños.

Se registran las primeras huelgas, lanzadas por los sastres y por los encuadernadores de Inglaterra.

Sus gobernantes, que ya dominaban el continente austral, preparaban el ambiente para justificar deportaciones de obreros. En efecto, Australia era territorio penitenciario, era como la Guinea española.

En la parte oriental de Europa, los obreros solían ya oponerse a la nobleza incluso mediante la violencia.

Célebre la sublevación de Pugachef, que tanto hizo temblar al zar.

También en el mundo eslavo fue siglo de regeneración. Desde luego nada comparable a la gran revolución francesa de 1789. A pesar de que en su propio suelo no queda más sombra que la prostituida del 14 de julio.

Una de las cosas que más a pecho tuvieron los revolucionarios de 1789

fue la reforma de la enseñanza; hoy a dos siglos de entonces, sobre la enseñanza se vuelcan todas las protestas.

Como botón de muestra que refleja la importancia histórica del siglo XVIII, diremos que en el Segundo Congreso de la Federación regional española, celebrado en Sevilla, en 1882, el delegado de Barcelona, que ya en la 5ª sesión desarrolló sobre «Anarquía, colectivismo y revolución», apuntó al siglo XVIII como principio de una etapa de dignidad, de progreso y de rebeldía popular. Frente a estas ideas esperanzadoras surgió la de los gremios, creando una frontera entre un oficio y otro oficio; y dentro del mismo oficio entre el aprendiz y el maestro; entre obreros en fin.

Hoy aún existen ciertas fronteras, hay clases entre funcionarios, las hay entre industriales, las tenemos entre campesinos: salarios jerárquicos, vacaciones diferentes, gratificaciones diversas e injustas, como son las primas por antigüedad, las otras, etc.

A pesar de esto el XVIII fue un siglo prometedor.

La industria prosperó. Ahí tenemos, si no, a Kay, Arkwright y Watt. Con ellos el telar mecánico y la máquina de vapor.

Y con el resurgir de la industria, los primeros pinitos internacionales del mundo obrero.

Entre los campesinos persistía la servidumbre de la gleba.

El agro era feudal. Los oficios de carpinteros, tundidores, sastres, etc., estaban considerados como viles.

Las protestas aldeanas, sobre todo en Aragón, multiplicaban los fueros acordados.

Entre las tres provincias aragonesas sumaban 29.700 obreros industriales o artesanos.

Las seguían Cataluña, con 26.700. Valencia era la primera, con 39.200. Datos importantes se encuentran en «Historia de las clases jornaleras», que escribió Fernando Garrido. El clero pesaba sobre el alma de los trabajadores como plomo macizo. Sin su concurso, el despotismo no hubiera aguantado tantos años.

Cristo era de plomo para la plebe y ligero como pluma de ave, para las gentes de la nobleza.

El estamento católico contaba con 250.000 individuos: 59.000 sacerdotes y 93.000 frailes y monjes.

Dueños de muchos territorios:

28 millones la nobleza y la Iglesia de 9 millones.

Por una transformación social se pronuncian: Campomanes, Jovellanos y una docena más. Progresistas, pero no revolucionarios.

Su gran desarrollo artesanal tuvo lugar principalmente en una zona que comprende San Felu de Guixols, Palafruguell y Palamós.

En Valencia se distinguió Béjar

En Cataluña se distinguió el textil. Se citaban 3.000 establecimientos, ocupando más de 100.000 obreros.

La clase media iba desplazando poco a poco la nobleza y los aristócratas de los puestos de preponderancia pública.

Políticamente sobresalió Mendizábal con su programa de desamortización.

Por cierto que obtuvo resultados opuestos a los que esperaba, pues robusteció los latifundios.

No es la primera vez que a los políticos les resultan las cosas al revés.

A Azaña le pasó algo parecido con su proyecto de reforma del Ejército. Su idea era la de «liberalizarlo» y lo que hizo fue reforzar los cuadros reaccionarios y fascistas.

Si tenemos en cuenta el fiasco de Azaña y de Mendizábal, y si no olvidamos lo ocurrido en México a Madero, bien podemos decir que en los pueblos citados se han caracterizado sobre todo dos tipos de hombres, dos clases: políticos mediocres y militares más brutos que un arado.

Éticamente, las reformas religiosas por un lado y la influencia de los enciclopedistas por otro dejan en irremediable inferioridad a los representantes de divinidades.

Socialmente se discute mucho sobre el papel que juega el individualismo y el asociacionismo. Un punto común

hay en los dos: que siembran ideas por convicción, no para acomodarse.

En los medios filosóficos preponderan Spencer y Darwin, Comte Bentham y Mill.

En los altos estudios, ciencia y filosofía, la religión participaba cual invitado de piedra. Grande fue Spinoza. Grande fue Locke. Grande fue la osadía de toda esta pléyade. La Rochefoucault, La Bruyère y Lemette fueron también cerebros privilegiados de este siglo. Idem decimos de Morelly, de Montesquieu y Quesnoy.

En este siglo tuvo lugar la «Conspiración de los iguales» en la que se distinguieron Babeuf, Buonarrotti y Silvain Marechal. Por tal motivo éste fue decapitado. Todo preparaba la Revolución francesa.

Hubo Bacon y Descartes, de los cuales Hume en Inglaterra se hizo su «embajador». Continuador de Hume fue Adam Smith con su «Teoría de los sentimientos morales».

De cierto modo interpretaban a Epicteto, a Marco Aurelio y aunque parezca contraste a Epicuro.

Kant no es un doblado ni un mediocre. Es sobre todo valiente. Todos demostraron ser valientes, puesto que dejaban a Dios para llenar escarapantes y buscaban una moral por cauces naturales. Fundaron así la escuela evolucionista. De todos estos el anarquista integral con su «Investigación sobre la Justicia política», fue Godwin.

Siglo fecundo en el que también cuentan Laplace, sabio astrónomo, Lavoisier, físico, Buffon en Zoología y Biología. Sumemos a todos Helvecio.

Se formalizó de tal forma el pensamiento humano que los pensadores parecían obedecer a un acuerdo general. Un mundo nacía diferente al que mataban.

AÑO 1702

Hasta los propios clericales contribuyen involuntariamente a desenmascarar la falsedad de sus propósitos. Ahí tenemos sino a Levaín de Villefont que publica este año «Historia eclesiástica de los seis primeros siglos». Leámoslo y no habrá manera de creer en Dios.

AÑO 1703

Se publica este año: «Derechos de la guerra y derechos de la paz», por Grocio.

AÑO 1704

Otro libro: «Diálogos entre un salvaje y el barón de la Huta».

Los militares ingleses se apoderan de Gibraltar.

AÑO 1707

Nace Buffon y con él «Historia Natural», más «Epocas de la Naturaleza». Los de Buffon son libros para anarquistas.

AÑO 1709

Nace Lamettrie que con sus escritos declara la guerra a la tradición: a la moral tradicional, a la religión, a la política.

Nace también Maley que escribió: «Conversaciones de Foción», en donde examina la relación que guarda la moral y la política. De cierta manera Babeuf fue discípulo suyo.

Con esto indicamos lo mucho que los escritos de Maley pueden interesar a los revolucionarios.



# La libertad ¿un yugo?

por ABARRATEGUI

La verdad, cuando es percibida en su gloriosa virtud, por el hombre que en muchas y diversas maneras ha sido esclavo del error y sus brillantes sutilezas, muestra que la libertad es una necesidad legítima del ser humano, sin la cual su vida es un sórdido peregrinaje de frustración en frustración.

La verdad, como la acción de la vida, es principio y fin de la creación. En la verdad está la vida y ésta ha de ser reconocida como la luz del hombre. Al autor de la vida nadie lo ha visto jamás; pero su expresión de amor, en forma de verdad y en un dechado de perfección humana lo manifiesta y declara, demostrando ser quien, en su luz, pasa por alto y deshace el error y las aberraciones del mundo.

El amor de la vida hacia el género humano es tal que expresa su necesidad de reintegrarlo al amor y a la vida misma, ofreciendo su expresión de verdad, con objeto de que todo ser mortal que graciosamente acepte la verdad, no se pierda en las miserias y consecuencias del error, sino que permanezca sempiternamente en la vida. Vida que no es eterna no es vida.

Este es el primer paso de la verdad en favor del hombre. Se requiere del hombre su voluntaria aceptación de esa gloriosa verdad libertadora.

Si la libertad es la aspiración suprema del corazón humano, es señal evidente de que esta necesidad y derecho a gozar de ella va incluida en las leyes de la vida que le ha tocado vivir.

Pero esa libertad no puede ser ofrecida, aunque sí indicada, por hombre alguno, ni teólogos, demagogos o líderes sociales, sino por la vida misma como un don

que el hombre está llamado a recibir por convicción íntima y voluntaria espontaneidad. Esa aceptación del don comprendido en la verdad no se realizará más que en un estado de conciencia revelador de personales errores, causantes de indignas servidumbres y, por lo tanto, de la pérdida o ausencia de la necesaria libertad.

La verdad, asequible a todo mortal, se ofrece como solo poder libertador al hombre. No lo hace desde los pulpitos o estrados, sino a la altura del hombre a quien ama, a la puerta de su corazón donde espera pacientemente que se oigan sus suplicantes aldabonazos. No entrará a menos que no se le abra desde dentro. La verdad es libertad y apela al libre albedrío del ser a quien poseerá si se deja poseer. Gustada o recibida tras esa inclinación a su irresistible poderío, hallamos a la verdad actuando en nuestro fuero interno como algo tan íntimo, personal, nuestro, cual lo sea nuestra carne, nuestra sangre y nuestros huesos. Pero hay más: Cuando nos dejamos adueñar por la verdad, nos es concedido el privilegio de ella como dueños de todas sus excelencias, siempre que sea ejercida en sus eternos fines: la liberación de otros. Si por un insospechado gesto del ser ególatra y sensual, traicionamos a sus principios y ascendente curso de vida, nos invita a la rehabilitación, pero esto no ocurrirá sin colocarnos al desnudo ante ella, la verdad, llamando al personal error por su justo nombre y con el firme propósito de rectificar. La verdad demuestra que, el que encubre su error, no prospera en su alto plano espiritual. Su gran y constante propósito es eliminar

en nosotros nuestra propensión a dejarnos someter bajo yugos de indignas y absolutas servidumbres.

Barramos, antes de dar un paso más, los escondrijos de nuestras desvergüenzas. No usemos nuestra peculiar astucia para adulterar la verdad. Manifestemos en nuestra conducta, con la expresión más limpia, esa luz del inefable amor que nos anima, ante el criterio y conciencia de los demás mortales. Que resplandezca la luz que nos habita, ya que es la imagen resplandeciente del creador de la vida.

En esta disposición interior nos será fácil comprender este lenguaje nuevo con el que deseamos expresar la sustancia, antes que la teoría, de la gloriosa libertad que perseguimos.

En esta existencia, donde miserablemente vegetamos, se proponen dos formas de esclavitud, así como dos formas de libertad. La visión que de ello tengamos depende del lugar o posición íntima en que nos encontramos. La verdad libertadora propone un yugo. El error esclavizador propone libertades de todos los colores. Esto es paradójico; por cierto y es lo que deseamos explicar. La verdad llama a sujeción, a sometimiento si queremos conocer realmente la única, práctica y eterna libertad. El error nos persuade, desde nuestro propio corazón, a una forma externa de insubmisión y cuando le obedecemos no lo hacemos considerando que nos atamos a una forma negativa de obediencia, sino creyendo ciegamente que nuestros actos nacen de nuestra sola y libre voluntad. Lo cierto es que ninguna criatura aparentemente libre puede detenerse sosegadamente a considerar con

alegría esa forma de libertad. El sentimiento de esclavitud embarca a quienes hacen lo que quieren hacer. No ocurre lo mismo con las personas que sabiendo a qué impulsos internos obedecen, se sujetan a lo que deben hacer. La conciencia tiene, también, sus paradojas.

Somos, pues, siervos de justicia o siervos de iniquidad, esto dependerá del conocimiento que tengamos de la verdad. Por naturaleza, y sin intervención de un iluminado, sano y consciente libre albedrío, estamos sometidos a leyes negativas, demoledoras que nos dejan existir sin vivir, sujetos a cadenas de yerros, vicios y pasiones sin cuento. Por reacción voluntaria al contacto de la verdad y uso clarividente del libre albedrío, recién nacido entonces, nos rendimos a su luz y nos sometemos gozosamente a otra ley, la ley de la vida, que halla en nosotros sus frutos. Entonces nos afirmamos en la vida, edificamos en derredor nuestro, enseñamos a vivir porque vivimos, libres de pasiones íntimas o de lazos externos. No compramos virtud, ni nos vendemos a nada; estamos dispuestos a perder, sabiendo que quien pierde gana, quien se niega se afirma, quien se inclina a la sencillez se ennoblece, quien se sitúa en su realidad terrena toca al cielo, quien mira hacia aquí abajo alcanza a ver muy alto, etc.

Cuando un ser humano es habitado por la plenitud de la verdad, éste adquiere sin proponérselo la imagen de un modelo ofrecido en estas palabras: varón hecho para el dolor y experiencias de profundo quebranto; raíz firme y profunda en tierra seca. Su expresión no es grata al hombre sensual. El embrutecido en sus pasiones ególatras no puede ni quiere encontrar en esa manifestación humana de la verdad ningún atractivo. Por el contrario, ese hombre, el dechado de perfecciones en sencillez, gracia pura y verdad, le resulta repulsivo, aborrecible.

Sin embargo, los hombres de todos los tiempos, ¡no muchos! que han seguido este modelo, son seres de exquisita sencillez y ternura varonil. Cuando se ha tratado de mujeres, éstas se han

manifestado con la poderosa gracia de la castidad de alma, sensibles al puro amor y adornadas de natural feminidad; pacientes, candorosas, esforzadas... El modelo supremo de humanidad, que busca su expresión y expansión e nel corazón de los hombres, es la misma verdad libertadora y como tal quiere ser difundida y anunciada por quienes la ejercitan encomendándose felizmente a ella.

La verdad ha tenido y aun sigue teniendo sus discípulos verdaderos. Estos siervos suyos, encadenados por sí mismos a la libertad gloriosa, se distinguen por una luz interior que aparece, con formas de serenidad y templanza a sus ojos y en sus rasgos. No son religiosos. No son líderes sociales. Son sencillamente hombres que, confundidos con el pueblo, al pueblo y con el solo distintivo del amor, viven por arrancarlos de sus miserias seculares.

He aquí el consejo de uno de los hombres de verdad: «Del modo que habéis recibido gratuitamente esa verdad, comportaos en ella. Que nadie os engañe con filosofías o vanas sutilezas. Estas os pueden ser presentadas aún en el nombre de la verdad. Yo me regocijo interiormente por lo que padezco por bien vuestro y cumplo en mí lo que aún me falta de quien es perfecta expresión de la verdad, y por los que se unen en la verdad, como en un solo cuerpo.»

Veamos ahora cómo la libertad se adapta al hombre siempre que éste se adapte a ella. No saldremos, mientras tratemos de mostrar prácticamente las virtudes de la verdad, de la sublime paradoja.

### 1. — La libertad es condicional

Queremos decir que si la libertad puede ser gozada y expresada en sus actos por cualquier criatura humana, no basta haber asimilado intelectualmente una justa definición de la verdad, ni basta explicarla como un bello conjunto de excelentes teorías para poder impregnarse el hombre de su autoridad y sus virtudes. La verdad dice a los «dignos» depositarios de estas teorías:

«Únicamente si permanecierais en la verdad, sometiendo vuestro sentir personal a su luz, podéis ser mis discípulos y servirme en favor del pueblo al que, errando vosotros, hacéis errar». En la permanencia está el secreto libertador y la misma verdad os hará a vosotros realmente libres.

No basta ser un teórico de la verdad, ni aun conociendo al dedillo las más sustanciosas y limpias doctrinas de la libertad para ser libre. No basta un acercamiento externo a la más pura expresión de la libertad para ser sus servidores. Se impone, así, como suena, esta sola condición: permanencia en la verdad. Esto implica un diario y constante sometimiento a una nueva y elevadísima forma de sentir que, creando en nuestro ser interior conciencia de libertos, nos permita batallar incondicional e insobornablemente en favor de otros. Sin llenar ese requisito previo de permanencia, la verdadera justicia se aleja de nosotros, la verdad, en su purísima sustancia, es detenida y la equidad no puede producirse.

Recordamos que la verdad no ha sido nunca detenida ni blasfemada por gentes que la ignoran; pero si lo ha sido por quienes, habiéndola conocido experimentalmente, han vuelto atrás sus intenciones, y han tratado de encubrir con ellas sus objetivos ególatras. A causa de esa deserción, hombres que contactaron y poseyeron la verdad se sintieron súbitamente despojados de la virtud libertadora que anteriormente habían conocido. La infidelidad creó división entre ellos, que degeneraron en nuevas formas de fariseísmo, y el creador de la vida. Es harto cierto que el fariseísmo es un fenómeno demostrable en todos los medios ideológicos y religiosos de nuestro tiempo, particularmente en aquellos donde las enseñanzas son más puras.

La verdad, en su suma manifestación, anuncia su libertad tanto en el pregón como en los efectos vivificadores de su luz reveladora: «Yo liberto a los cautivos y a los que inclinan sus deseos a la extrema sencillez que en sí desean».

Quien habla así no puede tener

otro aspecto que el del hombre en su más perfecta concepción. Si alguna divinidad puede alcanzar el hombre en sí, ésta no puede mostrarse más que en una constante tendencia a la humanización de todo su ser, con un corazón de carne y una posición inequívoca en la existencia: verdad, gracia, sencillez.

Sin permanencia en la verdad no puede haber, pues, virtud libertadora.

## 2. La libertad implica sumisión a la verdad

Seguimos en la sublime paradoja. La Verdad, sacrificándose a sí misma y renunciando a toda forma sobrenatural de gloria y poderío, llama a los reos agobiados bajo el peso de extrañas servidumbres e insupportables cadenas. Esto quiere decir que, del mismo modo hemos de renunciar, queriéndolo nosotros mismos, a toda gloria y poderío personal si decididamente estamos dispuestos a servir a la libertad.

«¡Sé libre!», grita una voz en nuestro ser interior, y comprobamos siempre que la libertad sigue siendo un sueño irrealizable, una quimera demoleadora.

«Toma mi yugo», invita la Verdad y, cuando tal yugo se ha aceptado, hallamos que la libertad brota espontáneamente en nosotros, sujeta a un nuevo sentir que ve como cosa aborrecible todo lo que atente contra la dignidad individual y colectiva.

Pero el hombre, tal como aparece y se comporta en la sociedad o mundo que habita, no ama la Verdad. Esto sucede porque cree que en la noche de su alma se encubren y justifican sus aberrados apetitos. Aparentemente la Verdad es reconocida, adulada y proclamada y se le rinde culto, casi siempre fervoroso y sincero. Pero en realidad el hombre la rechaza y la condena. Olvida que ya el verbo libertador fue condenado desde antes de la aparición del hombre sobre la tierra y que, cuando con hechura de varón de dolores apareció entre el Pueblo, como Hombre del Pueblo y para el Pueblo, fue llevado a muerte por los religiosos del tiempo. Asimismo, cuando un hombre de verdad aparece, sencillo y candoro-

so como un niño, pero lleno de un fuego interior que le impulsa a condenar el error y a libertar a sus esclavos, los religiosos y políticos del momento le señalarán de antemano a la horca, al garrote vil, la guillotina o la sil'a eléctrica.

En tiempos de la antigua Roma se usaba, como ya sabemos, la cruz, donde eran ajusticiados no sólo los delincuentes sino, sobre todo, los enemigos del régimen, y Uno del Pueblo, hijo de un tal José, carpintero modestísimo de Nazaret, amigo de publicanos y pecadores.

La condenada, ajusticiada y no obstante viva Verdad sigue invitando: «El que no es capaz de morir a sus propios deseos de triunfo y apetitos personales, es indigno de mí y, aunque él pretenda demostrar lo contrario, lo despojo de mi poder libertador. Vosotros creéis en la Libertad y adorareis a la Verdad a vuestro antojo; pero nada tengo que ver con vosotros, pues yo me manifiesto solamente a quien se me rinde y camina en luz, desde su muerte hasta mi vida. Sin MI nada podéis hacer. Son inútiles vuestros devaneos; inútiles vuestros cultos, vuestras ceremonias, vuestros mitines, vuestros gritos de libertad, vuestras buenas teorías. La Libertad es mía y sólo en un estado de sumisión constante y creciente podréis tener vuestra constante y creciente libertad.

Nos regocija esa irreversible orden de la Verdad: «Coloca tu Yo en mí y serás verdaderamente tú. Niégate a tu ego y adquirirás tu preciosa individualidad. Tu individualidad la alcanzas cuando comprendes que te debes a tu prójimo. En ti está la posibilidad de morir a tus desordenados deseos; pero en mí está el yugo que te propongo y tienes necesidad de aceptarlo si quieres conocer los efectos de una gloriosa vida.

Cuando nos sometemos a la Verdad, nada ni nadie nos somete. Esto es experimental y por eso lo proclamamos. Por ello, su yugo no es pesado, aunque antes de probarlo nos resulta aborrecible.

No hay declaración más fiel y firme que esta: «Si nos negamos a nuestros impulsos ególatras y nos sometemos a la Verdad, podemos vivir en calidades y condi-

ciones eternas.» La eternidad del alma prometida por las religiones de todos los tiempos es algo improbable y, por lo tanto, quimérico. Esto no quiere decir que no propongamos eternidad en el conocimiento y servicio de la Verdad, pues nada más seguro y firme hay en su propósito. La Verdad no promete utopías y su realidad eterna es comprobable e incluso palpada por quienes la atesoran. Como no hay Libertad sin Verdad, no hay Verdad sin Eternidad, ni Eternidad sin Vida, ni Vida sin Amor, ni Amor sin su sólo objetivo: el Hombre.

Dicho está: La Verdad es Eterna. No data de ciertas fechas en la mente del ser humano. No nace con la aparición de ningún profeta ni con el origen de bellas doctrinas. Se incorporó a la humanidad en forma de Siervo y poseída por el hombre lo incorpora a la misma Eternidad. La libertad en la que así es colocado el hombre invita a éste a gozarla en calidad de siervo, también. Pero este siervo es «señor» de sí mismo y repudia toda forma de servilismo, con capacidad para enseñar al esclavo de sus pasiones cómo ser liberto y gozar de una gloriosa y perfecta libertad.

Los servidores de Verdad, libres del poder del «ego», pero sostenidos por un nuevo y alto poder, individual e íntimo, no producen Luz en derredor de ellos más que en la medida en que voluntariamente acondicionan palabras y hechos al Modelo de Verdad. Este Modelo no puede ser reconocido en nombres sustantivos, como lo son las palabras que doctrinas religiosas o ideológicas emplean; y que todos conocemos, ni siquiera el sustantivo gramatical «verdad» es una imagen de la VERDAD. La Verdad no tiene imagen; pero el hombre está llamado a presentar en sí una imagen creciente de la Verdad. Si algo define a la Verdad es su propia sustancia, en presencia real, reconocida como un fuego purificador, y manifiesta en toda persona que renunciando al error se abre, rendida incondicionalmente, a la Verdad. Pero ni aún ese fuego es tal si no se percibe realizando en el corazón su misión purificadora, misión que comienza en la raíz del ser donde antes

anidaron las pasiones, pasa por el cerebro renovando y perfeccionando la razón y concluye encaminando la totalidad del ser a vivir para otros.

Un liberto, verdadero libertario y libertador, se regocija en su ausencia de poder personal, en la repulsa de la incomprensión de las gentes de su época, en la carencia de medios materiales, en la persecución de que es objeto por parte del sacerdocio político o religioso y aún de los «libertadores» camuflados; reconociendo que en esas circunstancias de aparente impotencia y soledad, se manifiesta todo el poder de la Verdad.

Un obrero aprobado por la Vida, se presenta siempre ante la conciencia humana y la misma eternidad, sin tener de qué avergonzarse, trazando con la virtud que interiormente le es impartida, la expresión, palabras y fuego interior, de la Verdad. Este obrero muestra su sumisión no siendo litigioso, sino sencillo y al alcance de los más débiles, con una capacidad natural, luminosa, para enseñar virtud de Hombre, como el Hijo del Hombre; con amable simplicidad corrige a quienes torpe o malévolamente, se oponen. No se jacta de sí mismo. Si la Verdad lo habita, ¿de qué puede jactarse quien en otro tiempo fue juguete del error?

Sumisión, este es el secreto. Y su resultado, siempre en la gloriosa paradoja, elevación íntima: adquisición de poderes vivificadores, extraños al hombre corriente. Pero, repetimos, para ser mejor entendidos: sumisión a la Verdad, esa Luz que como un silbo delicado y apacible penetra en la conciencia, la reduce a polvo y la renueva con cuerdas de ura alta y preciosa sensibilidad, dignificando al hombre, haciéndole repudiar toda forma de servilismo.

### 3. La Libertad depende del imperio absoluto de la Verdad

La Verdad, es menester y saludable reconocerlo, es imperiosa, absoluta; pero no es impositiva. No puede ser ejercida sino por libre aceptación y quien la ejerce no puede imponerla sino demos-

trarla con alegría como verdadero poder libertador.

La imperiosidad y absolutismo son diametralmente opuestos en esencia y efectos al del error de la sociedad establecida y los que militan en él. El gobierno del hombre y sus leyes son absolutos e impositivos, aunque se cobijen bajo nombres tales como «democracia», «república», «federalismo», etc.

El absolutismo de la Verdad no es oscuro, irracional o denigrante y deja de tener ese rasgo absoluto cuando se manifiesta en el hombre como una corriente Natural de Vida. Esto sucede de modo que el poseedor de esa Vida, no sólo está divorciado inteligentemente de absolutismos externos, sino que entonces se siente capacitado para desenmascarar las sutiles aberraciones de las leyes que rigen el destino de una sociedad muerta, sin Luz.

La Verdad es absoluta por cuanto precisa al hombre sujeto a integridad; absoluta porque no seduce al hombre ni se deja seducir por él, porque le comunica poder libertador siempre que el hombre la defiende antes que defenderse a sí mismo con ella; porque escapa al menor gesto de traición o infidelidad. Su absolutismo es el absolutismo del Amor: el Amor no tolera, sino que aborrece todo germen de odio; pero lo cura cuando a la pura luz es reconocido, y extirpado entonces por el mismo Amor.

La Verdad considera a los practicantes de cultos y conserpadores de tradiciones religiosas como sus más implacables enemigos legítimos. Estos hombres, que los tenemos en casa y con frecuencia en nuestro propio espejo, no vacilan en apedrear a la Verdad, cuando esta se les pregos, preténdanse o no sus adorantes en su más pura expresión. Este rechazamiento abrupto, categórico se produce generalmente en los templos erigidos a la Verdad.

Es en lo anteriormente dicho donde se reconoce la imperiosidad y absolutismo de la Verdad. Pero también reconocemos el impositivismo de la hipocresía, de la traición y pérfidos movimientos internos del hombre «sensata e inteligentemente» degenerado.

La peor degeneración no es la que se ve y muestran ladrones de la calle, borrachos y prostitutas, para quienes la Verdad tiene un gesto de aproximación amistosa, sino la que no se ve. La Verdad aborrece las mixturas. Quiere agua o vino; pero no mezclas. La Verdad repudia al fariseo, no al despreciado hombre del pueblo, víctima de vicios visibles. Cuando encuentra al hombre reducido al estado de desamparo de un niño huérfano que ardientemente la desea, lo habita sin regateos y, comunicándole candor y gracia, lo nutre, lo sostiene y lo eleva hasta el día en que éste, tratando de sacar de ella «agua para sí», la adúltera y, por lo tanto, la traiciona. Queda en ese ser un nombre, un rastro; pero el fuego que lo animaba se apaga súbitamente entristecido. La Verdad absoluta no se sirve nunca de un «sepulcro blanqueado» y, al margen del legalismo espera otro corazón sincero que pretenda atesorarla.

No, la Verdad no se resiste. Es una paloma que busca siempre un lugar en el corazón del hombre, donde poder posar; pero, asustadiza como las palomas, escapa de manos criminales que pretendan monopolizarla y negociar con ella.

Hay quienes a costa de la Verdad se aseguran honores, altos cargos, placeres y delicias refinadas. Pero podemos contar con un pequeño número de varones legítimos que, sometidos con gozo al imperio de la Verdad, expresan la Libertad de que gozan de este modo: «Por causa de la Verdad somos perseguidos en todo tiempo como ovejas destinadas al matadero.»

Hemos conocido personalmente ese espíritu clarividente, sencillísimo y cordial entre ciertos hombres que han pasado junto a nosotros, llenos de una ardiente sed de Vida, que se ignoran a sí mismos pero no olvidan las necesidades vitales de las multitudes sumidas en la ignorancia, la miseria moral, la superstición o superchería religiosa. De esas masas no están excluidas las llamadas élites que encasilladas en sus personales justicias, son promotores y responsables de las mayores aberraciones sociales. No han

comprendido la paradoja de la Verdad; pero existen, vegetan animalmente en la otra paradoja, la del Error en el que son esclavos y con los que a otros esclavizan.

Declaramos nuestra necesidad de amar e imitar la entegridad de los Varones que persiguieron y alcanzaron la perfección dejando desarrollarse en sus corazones el grano de Verdad que gratuitamente la Vida dejó caer en ellos.

#### 4. La Libertad no se separa de su propia expresión; pero sí del nombre

Ya hemos dicho que la Verdad, como poder productor de libertades, no puede ser reconocida por el sustantivo «verdad». Del mismo modo, la Libertad no se atiene a una expresión gramatical, ni a una aspiración ideológica, sino a un estado posible, asequible a todo ser mortal que por el solo hecho de reconocer íntimas servidumbres se asocia a ella. Si la Verdad ha de ser reconocida en su propia sustancia, así ha de serlo la libertad.

Cuando esta sustancia o fuego de la Libertad gloriosa se manifiesta en el hombre, este aparece entonces como el limpio espejo de la Eternidad. No cabe jactancia alguna. El poder que le es concedido es personal, como lo sea la sangre de sus venas, el pensamiento, las palabras. Pero esto no ocurre más que cuando el hombre se niega al «ego», que le tuvo encadenado.

La Libertad ha de ser reconocida en lo que sustancialmente es: posesión de Vida. Esto es inadmisibles para quienes no han sufrido tal operación o renacer. Pero es demostrable por la presencia de una forma de virtud que reduce a la sencillez, como objetivo de las perfecciones humanas, todas las intenciones del hombre.

Estamos hablando sin proponérselo de un pacto entre la Vida, como Amor, Luz y Eternidad, y el ser humano perdido en su propia suficiencia. Este pacto se cumple en la Verdad. Su intención es la liberación absoluta y eterna del mortal. La Verdad trae vida Vida de parte de la Vida porque es Vida misma y en un

Fuego interior de Vida habita a aquel que la desea. Pero este pacto de libertad no deja al hombre libre de una voluntaria y ferviente sumisión al poder adquirido. El fuego interior será fuego en nosotros si en él quemamos suciedades tales como la impudicia, la avaricia, la vanagloria, la frialdad de corazón, la indiferencia por la suerte del prójimo, la tolerancia a la idolatría, al fanatismo religioso, a la ignorancia en sus múltiples formas, etc., etc.

Se implica la necesidad de vivir cautelándonos de reconocidos errores. Si nuestra sinceridad es tal que no encubrimos personales deslices, mas antes los declaramos ante nosotros mismos con toda sencillez o ante quienes el error ha sido cometido, el avance o crecimiento en la Verdad se produce necesariamente. Pero no podemos olvidar que la savia vital queda obstruida, impedida en el germen, cuando damos de nuevo cabida en nuestro ser interior a un sentimiento, una intención o una acción que ya, nosotros mismos, habíamos considerado a la luz como error. Cuando por una posición tenaz de soberbia no queremos reconocer el yerro cometido, la conciencia se endurece, el fuego interior se apaga; por impedir comentarios desfavorables no queremos renunciar al nombre de libertos, libertarios o libertadores; pero la expresión real de la Libertad, ese Fuego, nos priva de su Poder.

Si vivimos en el Fuego íntimo de la Verdad, comportémonos de acuerdo con El. No puede ser de otro modo si no queremos caer en nuevas formas del más temible y odioso de los males: el fariseísmo. Ha de ser así si queremos mantenernos eficazmente en el uso de la única libertad posible al hombre. No nos conformemos al nombre conque somos definidos por nosotros mismos o por los demás pero sí al Fuego que renovó nuestro ser interior y en el que podremos crear la verdadera revolución en el corazón y la mente del hombre.

Pero, insistimos, la Verdad es íntegra y requiere integridad. La Verdad es pura y requiere pureza. La verdad es Luz y requiere Luz. Sólo un error propio puede descontactar la corriente de sere-

nidad interna; pero el contacto queda establecido inmediatamente después del reconocimiento de tal error. La Verdad es, pues, insobornable y requiere insobornabilidad.

La nota más preciosa que caracteriza al hombre lleno de Verdad, se expresa en la modestia, sencillez y mansedumbre. Esto es la humildad. Pero es preciso hacer notar aquí que esta humildad no es la que presenta el sacerdocio político y religioso, sino el Hombre anónimo del Pueblo, situado en el centro de la Vida y a quienes las inteligencias del siglo reputan por excéntrico, loco, visionario, sin más riqueza que su pobreza, ni más galardón que la Sabiduría.

¡Muy lejos está de nosotros vanagloriarnos de nada que no sea sujeción a la forma de negación: a la que la Verdad es constantemente entregada! Dicho de otro modo: ¡No nos jactemos sino de la Vida abundante y la Libertad gloriosa conque nuestra permanencia en el Yugo de la Verdad nos es plenamente concedida!

#### 5. La Libertad no es tal si no si no beneficia a los débiles

Siguiendo en la sublime paradoja hemos de decir que nuestra Libertad no nos concede libertades, sino sujeciones. Poseídos por la Verdad, cuando la hemos dejado hacer y permaneciendo así en ella, hemos sido arrancados de la denigrante exclavitud. No justificamos ni encubrimos nuestras tendencias viciosas, ni nuestras inclinaciones egoístas. Es la Verdad la que los cubre al declararnos tal como somos en la Verdad. Pero una vez libres de esas fuerzas recónditas, somos llamados a servir Libertad mediante sujeción al parecer de los más débiles. «Cuidemos de que nuestra libertad no sea objeto de escándalo a los que aún son flacos.»

¿Cómo explicar esto? Para nosotros el TODO es VIDA y VERDAD; aceptamos la verdad como expresión de la Vida y Vida misma y en la Verdad recibimos la Luz, como un fuego purificador, que somos nosotros mismos los llamados a no apagar. Esta Luz, este Fuego, es el sello inconfun-

dible del don recibido. Desde esta nueva naturaleza interior, rechazamos categóricamente ídolos de toda especie y toda forma de idolatría, donde se incluye el narcisismo, la egolatría, la adoración y postración al yo negativo que mata nuestra verdadera y luminosa personalidad. Repetimos que los ídolos nada son; pero sabemos que en la sociedad son muchas las cosas que se ofrecen a sus ídolos, así como en la antigüedad eran sacrificados a las deidades toda clase de víctimas.

Aún en nuestros días se hacen tales sacrificios, con diferente aspecto externo. Usando como ilustración el «toreo español», por ejemplo, notamos esas diferencias externas; pero el espíritu es el mismo. El dios pagano está allí, en el nombre de algún torero famoso o de la misma fiesta; sus víctimas sangrientas siguen ofreciéndose, en aras de la diversión. El goce sensual persiste con la misma brutalidad y exaltación que antaño. Desaprobamos y combatimos abiertamente la tradicional fiesta; pero si alguien nos invitase a comer de la carne del toro muerto en la forma que rechazamos, comeríamos sin preguntar nada a causa de otras conciencias, puesto que ni la fiesta ni lo sacrificado en la fiesta, para nosotros es nada. Pero, ¡he aquí el secreto!, si a causa de participar de una tal comida, alguien va a ser escandalizado por no comprender el significado de nuestra libertad, el sólo hecho de que nuestra participación pudiera ser considerada como escandalosa, nos ha de sujetar a abstenernos de tal comida.

Pero no se trata ya de la participación en comer carne ofrecida en una fiesta que nuestra conciencia desapruéba; se trata de ir aún más lejos, puesto que hoy la idolatría se manifiesta en diferentes terrenos y el problema se plantea con frecuencia donde menos lo esperamos. Puesto que el error está en conocer el bien y no hacerlo, debemos oponernos a dogmatizar con respecto a lo que otros deben o no deben hacer y limitarnos a lo que personalmente, y en circunstancias que solo nuestra conciencia nos señala, debemos abstenernos

cuando con ello vamos a cimentar el concepto que de la verdadera libertad, los que nos rodean y contemplan han de tener.

Así, pues, sabemos que en nuestra condición y posición de libertos, nada nos impide nuestra libertad sino el estorbar, en la de otros, nuestra propia conciencia. Para nosotros, todo es lícito, pero no todo conviene. Nuestra libertad nos sujeta permanentemente en una forma de discernimiento personal cerca del bien y del mal, de la verdad y del error que nos impide, primero dogmatizar y luego nos induce a presentar el error en la forma de salvar, con nuestra sujeción manifiesta en renuncia y sacrificio personales, al errado.

En la gozosa libertad nada prohibimos a nadie; pero nos prohibimos a nosotros mismos todo paso de libertad que pueda dificultar el acceso a la Verdad a quienes con dificultad tratan de zafarse del lazo del error.

Esto es conducirnos en amor y por amor. No nos conformamos ya con la necesidad de no escandalizar a los que desconocen la Verdad o se inician en ella, sino que nos lanzamos a un voluntario afán de edificarlos espiritualmente. La Verdad ama y se entrega gratuita e inmerecidamente. Así, si amamos a nuestro prójimo, nuestra conducta no puede ser otra que la de renuncia y entrega. Obedecemos, sin imposiciones externas, a esa Luz interior que es íntima e insobornablemente nuestra. Es en ello donde seguimos el consejo y ejemplo de Hombres que sirvieron Verdad en la Verdad: «No miramos o buscamos lo nuestro propio, sino el bien y la edificación de los demás. Por esa razón reduzco mis gustos y parecer a nada. Y a todos me adapto en todo, para ganarlos a la Verdad en donde serán verdaderamente libres.»

#### 6. La Libertad no encubre nuestra propensión al error

Alguien ha escrito, con otras palabras, esto: «Porque esta es la intención de la Vida, que obrando vosotros bien, en el Fuego de la Verdad, hagais callar la ignorancia de los hombres envanecidos en sus aberrantes deseos

y extraña visión de las cosas. Sois libres; pero no os puede servir la libertad para encubir vuestras posibles fugas a la malicia o error, sino en el servicio del Amor, de la Libertad y de la Vida.

Esto significa que la Vida no ignora, ni sus varones tampoco, que incluso sacerdotes o servidores de las doctrinas más puras pueden especular con ellas, valiéndose privilegios aparentes puramente externos, para encubrir y sostener sus yerros y vivir, al socaire de teorías, de acuerdo con los funestos y desordenados apetitos de sus corazones, insumisos al Fuego de la Verdad. En esa etapa farisaca de la vida del hombre se producen las aberraciones doctrinales o herejías. Si esto ocurre en el descubierto terreno de la Verdad, ¿qué no puede suceder en los templos que a ella se le erigen?

La Verdad, pues, es ofrecida eficazmente por fieles suyos que no la adulteran, aunque en tal servicio arriesguen vida y bienes personales. Estos, a nuestro juicio, son HOMBRES. Saber que la única divinidad lícita para ellos es el logro de la perfección humana. Varonilmente se manifiestan, como honrosos recipientes de barro, conformándose con el sublime contenido de que tan modestamente son depositarios. Saben que ese contenido de Luz y agua pura no es para el goce personal. El goce legítimo nace cuando damos a beber lo que está dentro de nosotros. Un modesto vaso de barro se convierte en el más precioso de los objetos cuando contiene el único líquido que desea el sediente. Pero, ¡ay del vaso en cuyo fino vidrio se graban con oro las palabras Verdad y Libertad y dentro del cual no hay más que polvo de siglos!

He aquí reveladoras palabras acerca del comportamiento de un verdadero vaso de honra: «Aparentad voluntariamente, ¡jamás por la fuerza!, a ese pequeño grupo comunitario de hombres que han cedido a la Ley de Vida. No busquéis entre ellos ganancias deshonestas, como lo sean los triunfos personales, sino por un sentimiento de amor dispuesto a todo. No ejerzais señorío sobre una heredad que no os pertenece,

# PALABRAS Y FRASES

PRIMERA SERIE (1)

Recopilación y comentarios a cargo de M. CELMA

ACUERDOS (Continuación)

A veces la gravedad o la importancia de un acuerdo no depende del texto en sí, sino de la interpretación y uso que de él se hace.

Por ejemplo, en los comicios celebrados desde hace 20 años raro es el que no se ha ocupado del deber moral que tiene todo trabajador de ser adherente de SIA (Solidaridad Internacional Antifascista). Generalmente las discusiones sobre este particular han terminado con un acuerdo general de recomendación para que así se haga. Siendo acuerdo de recomendación cada uno es libre de adherirse a SIA. Y nadie, decida lo que decida, puede acusarle de incumplimentación de acuerdos.

(1) El lector queda invitado a completar estas referencias enviando su colaboración a CENIT, cuya redacción queda de antemano agradecida.

sino a la íntegramente pertenecéis, siendo vosotros ejemplos vivos, varones esforzados y de eterno templo, entre todos ellos. Y en la manifestación suprema de la Verdad, vosotros recibiréis la corona incorruptible que os ha sido prometida y que ya percibís con legítimos laureles.»

## 7. El yugo en la vida, Libertad sobre toda corrupción

Un Varón Justo, verdadero servidor de libertad, dijo en cierta ocasión: «Hubieron siempre falsos servidores de la Verdad en el Pueblo, como aún habrá entre vosotros falsos libertadores con nombres de maestros, teólogos, líderes revolucionarios, doctores, que introducirán falazmente sutiles desviaciones de error, y negarán así la Verdad en la que fueron rescatados, atrayendo sobre sí mismos repentina pérdida. Y muchos seguirán aten-

Sin embargo, ¿en cuántos lugares se habrá interpretado el acuerdo tergiversando la recomendación por obligación inapelable!

Y el hecho aun banal, es grave por dos razones: porque se demuestra ligereza de examen y porque al recién llegado le es difícil comprender que al coger un carnet — en este caso el confederal — adquiera el compromiso de tener que coger otro de otro organismo.

A mi también me es muy difícil comprender esas cadenas obligatorias.

Tenemos también toda una alforja de acuerdos que yo califico de pasatiempo. Entran todos aquellos sobre los cuales se han volcado sabidurías diversas y horas de reflexión, a sabiendas de que su puesta en práctica es muy costosa y materialmente imposible de llevarlos a cabo.

Cuando esto ocurre, observará el estudioso que cada acuerdo conlleva una frase común que vuelca todas las

obligaciones y libera afiliados y comités. La frase es la siguiente: «Que la secretaria X recoja todos los proyectos para ponerlos en práctica en la medida de sus posibilidades.»

Con esta frase que subrayamos todos quedan contentos.

En materia de ediciones sobre todo la imaginación y el deseo han ido al pormayor.

No hay libro de tipo social que no haya pasado por el examen de los trabajadores con vistas a reeditarlo. Grande es la lista que podríamos perseguir.

Con muchísima razón cualquier proposición cultural ha sido bien acogida porque ni moral ni histórica ni ideológicamente había motivos para oponerse. Sólo existía el aspecto económico fallando de arriba abajo.

Por fallar y por tratarse de la economía, rara es la vez que se ha examinado con ánimos y juicio para llegar a conclusiones positivas.

diendo a sus apetitos sensuales y afanes ególatras, por causa de los que el Camino de la Verdad y Libertad será blasfemado y confundido. Y, ellos, por injustificable avaricia, mercantilizarán las verdades eternas, negociando con vosotros con abundancia de palabras fingidas de acuerdo con sus apetitos sensuales, andarán satisfaciendo sus deseos con desprecio de la autoridad suprema de la vida que los denuncia y condena.

Tales palabras no han sido nunca dirigidas a los líderes sociales, sino a los pretendidos sacerdotes de la Verdad. Estos falsos servidores de la Libertad prometen libertad, pero demuestran ser esclavos de sus pasiones. Tienen la osadía de presentar un atractivo modelo de la Verdad Libertadora que dejan reducido a simples palabras, sin contenido ni calidades eternas. Yerran y son fácilmente reconocidos porque no

han aceptado otro yugo que el de sus personales y recónditos apetitos. Nada quieren con el Yugo de la Vida. Quedan ciegos al ser cegados por objetivos de gloria y poder y, ciegos, son guías de ciegos a quienes conducen al mismo abismo. No sor, como cierto hombre se manifestaba entre los suyos, embajadores de la Verdad en cadenas. Olvidan que la Verdad sigue clamando: Por sus frutos los conoceréis, y que estos frutos se evidencian en la templanza, la modestia y el más puro y encendido amor al prójimo.

La Vida no ofrece otro yugo que el Amor. Un fuego de Amor ha de ser el que dé sentido y expresión perfecta a la Libertad. Pero en ese solo YUGO hemos de ser reconocidos como antorchas entre los hombres. La Libertad sobre toda forma de corrupción es su objetivo y a este objetivo estamos todos invitados.

Las finanzas han sido en los obreros como una joroba que se ha intentado pasar a tal o cual comisión. En este asunto de ediciones, cuando alguien ha preguntado ¿y cómo subvenir a los gastos?

Los delegados, o mejor dicho el presidente de sesiones, con muchísima fuerza responde: «Esos son aspectos secundarios que ya resolverá la Comisión que como sabéis está compuesta del Secretario de C. y P. del S.I. y de los directores de prensa «CNT» y «Soli».

Y se han visto 200 delegados aprobar esta salida «airosa» del presidente y aprobarlo con muchísima seriedad. Sólo tres reían de una risa irónica: los tres de comisión.

Cuando esto ocurrió me encontraba en el escenario y fui todo ojos para observar muecas y reacciones. Había allí representaciones numerosas de lo que se ha dado en llamar ramas. Por no sé qué motivos, en ese mismo instante se me acercó un compañero y me preguntó ¿qué miras? Los troncos, respondí.

Solamente con ese acuerdo, que creo lo firmó la F. L. de Perpiñán, los delegados aceptaban ediciones de número reducido de ejemplares que hubieran necesitado un presupuesto mínimo de 40 millones de francos.

La comisión editora podía disponer de medio.

Un joven entusiasta se acercó y dijo: hermosa y fecunda tarea. Y otro concluyó: de poetas.

Cabe distinguir muy bien lo que son acuerdos dimanantes de las FF. LL. y los que pueden ser acuerdos de los delegados de un congreso.

En el Congreso del 60 (Limoges) se presenta una local — hoy, por cierto, desconfederada — que dijo textualmente: «Las FF. LL. no han revisado los acuerdos de cara España, por lo tanto debiera hacerse aquí.»

Hubiera sido más cuerdo decir: Por lo tanto, respetuosos con el mandato, eso no puede discutirse aquí.

Hemos dicho que una manera de dejar airosa una discusión era agregar al acuerdo una frase por ejemplo: «llevarlo a cabo en la medida de nuestras posibilidades».

Un caso semejante también se salva cuando en materia conspirativa, se han discutido 3 y 4 días después que las FF. LL. han discutido durante dos meses.

Por fin el Congreso nombra ponencia que concluye presentando un proyecto de 3, de 4 ó de 5 páginas per-

trechas de palabras. Todo está terminado, la atmósfera está cargada, la responsabilidad que se contrae es enorme. Entonces surge una voz: Pero ha de constar en ese dictamen que el plan se llevará a cabo de acuerdo con el Interior.

Y se acepta.

Yo nunca he sabido si ese aditivo se acepta por que se piensa o porque se olvida que el interior no secunda el citado plan.

Otro caso excepcional de acuerdos es el que concierne a las formas de votación.

En este aspecto tenemos más variantes que colores el Arco Iris. El asunto parece sin importancia, sin embargo lo es y mucho. Los sistemas más manoseados responden a las palabras nominal, por afiliados, nominal por FF. LL. o proporcional, anteriormente adoptado.

Hay dilemas en la vida de sociedad insolubles.

Yo con Alaiz digo que no hay sufragio justo.

Nominal como individuo parece más justo, proporcional como organismo se presenta más aplicable, más social.

Acuerdos bastante puntualizados, han sido casi todos los referentes a alianzas.

Muy cargado de soberanía fue el acuerdo de 1952 que proponía la creación del Frente Antifascista Español.

Tropezó ese acuerdo con las mismas piedras que ya impidieron la continuidad de la J.E.L.

Peró la buena fe de la C.N.T. quedó a salvo.

En su acuerdo la C.N.T. exponía claramente rechazar la intromisión del Estado, sin embargo, realizada la Alianza Sindical, por una ligereza inexplicable la Alianza Sindical divulgaba un documento apellidado «programa mínimo» en el que se encuentra algún garbanzo negro como el siguiente: «Art. 21. Apoyo directo del Estado al movimiento cooperativo.»

¡Oh, santa inocencia!

\*\*

Acuerdos abundantes y enjundiosos hay en materia de enseñanza.

Aún era Federación Regional Española; acababa pues de fundarse la A.I.T. y los trabajadores españoles adoptaron un acuerdo llamado Enseñanza Integral, ante el cual otras manifestaciones posteriores palidecen carentes de valor.

Redactor de aquel magnífico trabajo fue Trinidad Soriano, doctor en ciencias y anarquista. Hoy apenas co-

nocido por los idem para vergüenza general.

Acuerdo de valor imperecedero fue el que se refiere a la propiedad. También sobre Geografía política y sus límites artificiales, las fronteras.

De sabio tildaría yo otro acuerdo cuyo texto reza así:

«En los asuntos de doctrina, los acuerdos de Congreso aunque obtuvieran la aprobación de las federaciones no serán otra cosa que opiniones discutibles siempre y en todo tiempo.»

Ojalá estas líneas contribuyan a poner más interés para estudiar los acuerdos orgánicos, y hago votos porque sean recopilados en un volumen, debidamente seleccionados, clasificados, comentados y presentados por orden cronológico y alfabético.

Esta idea ya fue adoptada en el Congreso constitutivo. Dice así:

«Es pues de absoluta necesidad el estudio minucioso de la Internacional, principalmente de los acuerdos adoptados en sus congresos, tanto los que se refieren a la teoría como a las tácticas.»

Doctrina hace el adoptado en el Congreso A.I.T., celebrado en Ginebra el 7-9-1866. Aquel cuyo primer considerando es: *La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.*

Y sello de oro merece el que da constitución de la CNT. Glorioso acuerdo fue también el de la Mackhnovitchna, que ya reclamó para sí lo que ahora está de moda por todo el mundo: la autogestión, que entonces se llamaba autoadministración.

Acuerdo a no desdeñar es el adoptado en el Pleno de Núcleos de 1969.

Ilusos e infantiles, no exentos de mediocridad la mayoría de los adoptados en el Congreso de París de 1945, para los cuales se nombró una ponencia de 52 miembros.

Virus autoritarios aparecen en bastantes acuerdos adoptados en los comicios celebrados durante la guerra civil, principalmente en el celebrado Pleno económico ampliado, que tuvo lugar en Valencia el año 1937. Causa espanto el relacionado a control obrero.

Mucho diríamos de los relacionados con defensa, tanto durante como después. El primero arranca con un comité de milicias de Cataluña; el último con la creación de lo que en los medios revolucionarios españoles se conoce bajo el nombre de D. I.

Del uno al otro hay todo un poema tragicómico de estilo griego.

*Acuerdos del Pleno económico nacional ampliado*

Folleto de 52 páginas editado por Artes Gráficas, de Barcelona, CNT.

Alma de aquel comicio fue Cardona Rosell, principal ponente.

*Acuerdos del Pleno extraordinario del Comité nacional de la UGT*

Folleto editado en Barcelona en 1937.

Es un documento que no tiene desperdicio. Se celebró en Valencia a fines de octubre de 1937. Vale la pena examinarlo con el Pleno económico nacional de la CNT.

Mas advertimos una gran diferencia: en el de la CNT intervenía la base, en el de la UGT sólo intervienen los miembros del Comité nacional. La diferencia es tal que en la CNT no se encontrará parejo documento.

Quizá alguien diga que eso en la CNT se llama plenarios.

El objetivo y la potestad cambian como de la noche al día.

**ACUNA**

Obispo comunero precursor del cura Merino y del cura Santa Cruz, apellidado primer guerrillero español.

**ACUNA**

Antonio, diputado por La Coruña, fue ejecutado por los fascistas apenas sublevados. También ejecutaron a su mujer e hijos.

Sin embargo Antonio Acuña era un hombre inofensivo por excelencia.

**ACUSAR**

El lector que quisiera jugar al adivino se extrañará quizá de que una acción tan clara como la que expresa este verbo venga a mezclarse en estas cuartillas cuando se encuentra perfectamente explicada en el peor de los diccionarios más vulgares y vulgarizados.

Pero hay dos casos especiales que

no están ni en los mejores diccionarios y a algunos de ellos nos vamos a referir. Hay hombres acusados por si mismos muchas veces sin motivos, por el simple hecho de «vivir» un ambiente, sentir una pasión o ceder a una vanidad a veces a sabiendas de que les va a costar la vida.

De la misma manera que hay hombres que por amor matan a la amada, otros ofrecen su vida por salvar la de su amiga y para ello se acusan de todo a fin de que ella no sea molestada.

En materia de religión, cuando ésta era objeto de veneración fanática, muchos eran los que se acusaban a si mismos sabiendo que dos horas después sus carnes iban a tostarse en la hoguera de los dioses.

Más recientemente, cuando la política ha pasado por etapas de fanatismo péfido, las mismas escenas hemos visto en el tablero político.

Uno de los hombres que más han captado esos estados de alma es Orwell. Nos los describe en «1984». Citaremos sólo un caso: «Veíase de nuevo en el ministerio del Amor con su alma limpia de culpa y mancha; veíase en el banquillo de los acusados declarándolo todo, complicando en sus declaraciones a todo el mundo. Y se imaginaba andando iluminado de sol con un guardia en sus espaldas.»

La misma Mme George Sand se dejó influenciar por la campaña de acusaciones, aunque se dio cuenta pronto y rectificó.

Acusar es pues un mal oficio aun con razón. Tanto más cuanto la acusación es falsa.

En los medios obreros, el precedente de los marxistas se conoce perfectamente y provocó o contribuyó mucho a que se produjera la ruptura en el seno de la Primera Internacional.

Acusaciones en falso, es decir, calumnias, han surgido mil y una veces, especialistas para ello han sido los hombres de escuela bolchevique.

En los medios anarquistas también se conocen algunos casos que casi igualan al bolchevismo.

El guardia en la espalda es la imagen que deja de la caricatura política de los stalinianos. Cuando publicó el libro estaba muy en boga la presencia bolchevique.

Alrededor de los acusados hay unos estados de alma que importa mucho no perderlos de vista.

La deformación profesional condujo a Maillard, según Aymé en «Cabezas ajenas» a pensar que su pericia debía permitirle no dejar salvo ni sano al acusado que cayera en sus manos. Maillard era fiscal y en cierta ocasión ya dice que su honor no le permite que nadie se salve, y que aún es más meritorio condenar a un inocente que a un culpable. A éste le condena su propia falta, al otro la habilidad y astucia del abogado general.

Tenia ante si un acusado al que todo el mundo consideraba sin culpa y en el curso de la audiencia, cuando veía que se defendían seres ante el tribunal, la reflexión del fiscal era en el sentido siguiente: va a salvar la cabeza: «Sentía que se me escapaba, que se me iba de los dedos.»

Por fin, dice Maillard, inocente y todo le han condenado a muerte. «¡No faltaba más!» A un culpable le condena cualquiera, lo importante es llegar a condenar a un inocente y la mejor arma es obteniendo que se acuse a si mismo. Otra acusación histórica es la llevada a cabo por los amigos de Marx contra Bakunin.

«Hace ya cuatro años que soy objeto de ataques odiosos, de sucias acusaciones, de calumnias infames. Acusado de toda clase de infamias, lo han incluso hecho imprimir en el «Volkstaat» y en el «Réveil», de París, que dirige Delescluze, etc., etc.

En éstos el objetivo principal no era para liquidar a hombres físicamente, pero si hundirlos moralmente. El caso más reciente también ha provocado un desmembramiento en los medios españoles.

La calumnia y las acusaciones eran tan burdas que la organización confederal se dio cuenta de la falsedad y los calumniados no tuvieron dificultad para hacer prevalecer la razón. Moralmente fueron batidos los propios acusadores. De ahí que por impulso propio se hayan alejado del movimiento libertario.

Por eso, lector amigo o enemigo, antes de acusar piensa en que puedes no tener razón y acusar sin razón es un deshonor que debe evitarse.

# Complejos de los pequeños países

por EUGEN RELGIS

LOS viajeros europeos por las tierras sudamericanas expresan a veces sus impresiones de un modo erróneo, y no faltan divertidos «disparates» si tratan de abarcar demasiado o descubrir peculiaridades étnicas y psicológicas en sus recorridos apresurados. Algunos, como el profesor dinamarqués Avic Sorensen, economista, director de un diario y ex-ministro que hizo un largo viaje de estudios por América Latina, dicen francamente sus verdades a los periodistas. En el Uruguay, el profesor «tomó rápida conciencia de las buenas maneras reinantes». Pero «la sonrisa agradable del uruguayo, su actitud cortés y la gentileza de sus ademanes molestaron profundamente a este insólito escandinavo». ¿Por qué? Simplemente, porque Sorensen reconoció de inmediato en los uruguayos «la edición sudamericana de sus compatriotas, los dinamarqueses». Para él, Dinamarca y Uruguay son dos países con complejos de inferioridad: «La amabilidad no es otra cosa que la máscara que los oculta. Pero la amabilidad es también la ausencia de carácter, de empuje, de predisposición para la lucha, de afán de progreso y elevación.»

Sin embargo, ante la simpatía y la bondad que el montevidiano derrocha por las calles, no hay motivos para complejos de inferioridad y tampoco motivos para mantener la máscara que los oculta: «En lugar de eso, afirma Sorensen, hay que tratar de competir con esa nación peculiar — no natural — formada como Asociación de Creyentes por el pequeño grupo de peregrinos que llegó a las costas de Massachusetts.» Es decir, con los norteamericanos. Evitando los escollos políticos del momento, el profesor cree que la tensión entre Norte y

Sudamérica obedece a querellas pueriles que nada significan: «Siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos, los países pequeños tienen la obligación de convertirse en las sociedades modelos de mañana. Ese es el camino que deben emprender Uruguay y Dinamarca, intercambiando experiencias comunes y ayudándose mutuamente.»

Esta es una de las verdades esenciales del viajero dinamarqués. Y de otros, que no se dejan encandilar por los focos potentes, agresivos, de la política mundial. Si hay una salvación, ésta reside en el individuo esclarecido y no en las masas despersonalizadas; en las comunas federalizadas y no en los Estados totalitarios; en los pequeños países libres y no en los bloques continentales superarmados y siempre desafiantes. Stefan Zweig me lo dijo ya, con respecto a los pequeños países, como su Austria natal, como Holanda, Bélgica, Suiza: son «demasiado exiguos como para poder imponerse al mundo». En los grandes Estados «la propia nación y la idea propia son aún demasiado poderosas, demasiado tenaces» para subordinarse a una idea mundialista, de unión espiritual y verdadera ayuda mutua. Las Grandes Potencias sueñan llenar el universo con su propio poderío: «El deseo de mediación pacífica y de fusión en la gran unidad de los pueblos hállase más acentuado en los pequeños países. De este modo, los que no vivimos en los grandes Estados, somos mejores ciudadanos de la gran patria: Europa, que debemos realizar. Comencemos a aproximarnos unos a otros y reclamar la comunidad del mundo.»

Así me habló Stefan Zweig en 1930, en su residencia de Salzburg, Tirol. Pero más tarde, an-

te la derrota moral y espiritual en la segunda guerra mundial, Stefan Zweig, refugiado en Brasil, clamaba, en un mensaje a los escritores de América: «Amigos míos, durante mucho tiempo Europa ha sido el abanderado de las ideas y de los ideales; pero en el actual desastre la bandera se ha deslizado de sus manos, no sé si para siempre o si sólo por el momento. Y por eso os digo: Recoged la bandera y ahora que nosotros nos hallamos agotados y heridos, tened por honor el llevar adelante los ideales espirituales de la humanidad mediante vuestra palabra y vuestros escritos.»

Hoy, somos algunos los que hemos escuchado el cormovedor llamado de Stefan Zweig (y el de Romain Rolland también) y llevamos adelante en tierras sudamericanas «los ideales espirituales de la humanidad» proclamadas en la vieja Europa, ideales que incluyen la paz, la justicia y la libertad. El complejo de inferioridad que el dinamarqués Sorensen «reconoció inmediatamente» durante su viaje por el Uruguay, como característica en los pequeños países, ya no tiene un sentido negativo y humillante. Es más bien una lúcida reacción de los hombres de todas partes, que se empeñan en dignificar su existencia, su razón de ser en un mundo unido — no por la fuerza de los gigantes belicosos — sino por la fusión de los intereses vitales bajo los signos de los ideales permanentes del pueblo único, universal, que es la Humanidad.

## Nuestros hermanos menores

Mientras los gobernantes, los diplomáticos y sus asesores técnicos y militares, reunidos en Ginebra, discuten afanosamente

acerca del desarme o, por lo menos, por la limitación de armas cada vez más costosas y mortíferas — regateando en nombre de la paz, la cooperación y la fraternidad humana (eso es: en nombre de los respectivos intereses nacionales y de los industriales de la guerra) para despedirse finalmente sin otro resultado que el de designar una nueva «Comisión de estudios» y fijar una nueva fecha de reunión en un suntuoso palacio de una u otra capital — se deslizan a veces, entre los extensos informes de los diarios pequeñas noticias que parecen insignificantes, o a lo más, divertidas.

Un telegrama de Leopoldville, por ejemplo, relata que un soldado tunecino de las fuerzas de las Naciones Unidas, en patrulla por la selva en el Congo, se sentó a descansar y dejó su rifle a un costado. Momentos después, cuando quiso recogerlo, alcanzó a ver un enorme gorila que le había robado el arma y huía con ella. El soldado optó por no perseguir al gorila.»

Algunos lectores pueden reírse del soldado burlado, otros asombrarse por la astucia y destreza del ladrón de la selva. No, no es una burla, ni un robo. El título de la noticia es: «Los monos desean la paz para el mundo»... Es una estupenda lección de uno de los «hermanos menores» del hombre, de un antropoide que — obediendo la ley de su propia naturaleza — había **desarmado** al soldado eriviado por los lejanos mandones (los mismos que regatean en sus famosas Conferencias de «alto nivel») para salvaguardar el «orden» en un rincón de este planeta ensangrentado. El gorila, que vive realmente en paz con sus semejantes, y cuya primera arma consiste en la solidaridad de horda ante las necesidades y peligros naturales, es bastante inteligente para descubrir al hombre que lleva un rifle a un enemigo extraviado de su propia especie. Ya sabe qué significa el estampido de esta pieza larga, apuntada contra los suyos y contra otros seres que viven en los bosques seculares. No ha ataca-

do al pobre soldado. Lo ha despojado de su arma. Simplemente, sin violencia, con el seguro «instinto de conservación», tan alterado y desviado en las muchedumbres humanas que no saben o no se atreven a arrojar las herramientas de matanza y destrucción. O mejor, negarse a fabricarlas bajo los falaces imperativos de «Defensa nacional», por los intereses disfrazados de las minorías privilegiadas que las gobiernan y las deshumanizan.

He aquí otra noticia, en el mismo diario y del mismo día. Se trata de otro de los «hermanos menores» del hombre y aun del mono: de un perro llamado Marciano que cumplió una «extraordinaria hazaña, deteniendo la carrera de un caballo desbocado en pleno centro de Cardona», una pequeña ciudad en el Uruguay. ¿Nada más natural que este acto de inteligencia y de arrojo salvador? Otros perros han salvado niños a punto de ahogarse, han defendido a sus amos en momentos de extremo peligro. Estos hechos, de solidaridad en **defensa de la vida**, son más frecuentes; pero el hombre, si no los ignora, los menosprecia. La Sociedad protectora de Animales y Plantas de Montevideo, por el contrario, envió una delegación a Cardona, llevando el collar y la medalla para condecorar al perro Marciano. Collar — sin cadena, por supuesto — y medalla que valen **moralmente**, es decir en el verdadero sentido heroico y vital, más que tantos collares de oro y tantas brillantes condecoraciones que adornan los pechos abultados de los «héroes» en dos pies, encaramados en las cumbres del poder político, militar y estatal gracias al sacrificio forzado de innumerables súbditos anónimos.

#### El Hombre como anticlase

Este es el título acertado, de un artículo. Lo dice todo. Pero el texto también corresponde enteramente a mi modo de pensar. Lo suscribo, como una ampliación lógica y un firme apoyo a esta frase mía, en los Principios humanitaristas: «Me he elevado por encima de la Clase en la cual me

situaba mi trabajo»... y es una alegría y un consuelo para mi, ya que alguien ha contestado, sin que él lo sepa, a tantos faráticos que me espetaban, indignados: «¿Cómo? ¡Estás contra la lucha de clases!» y me relegaban en la otra clase, adversa, de los opresores reaccionarios, de los aborrecidos privilegiados, de los imperialistas, etc., según su partido político o su lema de irreflexuales comprometidos.

«Cuando penetramos en el campo social — dice Cosme Paules, el autor del artículo, en «Voluntad», Montevideo — en busca del mejoramiento colectivo, debemos olvidarnos de todas esas miserias clasistas que se ocultan en los pliegues del corazón de los ambiciosos, pero al mismo tiempo tenemos que oponernos decididamente y librar batalla contra sus falsedades y sus malos instintos opresivos; tenemos el deber de abrazar los más nobles sentimientos humanos a cuyo suave calor han de fraternizar los hombres. Los que en un próximo futuro han de organizar el más grande concierto económico-social de la vida con la más noble sinfonía: la libertad»...

Y, después de rechazar todos los fanatismos: negro, pardo, rojo, verde, concluye:

«El problema de la humanidad no es cuestión de clases, sino de sanos sentimientos. De entereza y verdadero sentido humano, y no de odio y ambiciones sin nombre que se ocultan tras el demagógico manto de la lucha de clases. El hombre es uno e indivisible y la humanidad su consecuencia. Vale mirar quien es quien y lo que hace en el seno del conglomerado humano en que se desarrollan y desenvuelven sus actividades, que pueden ser constructivas o negativas según sea el fin que se persigue; que pueden ser buenas, malas o criminales, según sea el individuo que las anima, ya proceda de un elevado estado artificialmente otorgado por la sociedad en que vive, o del arroyo al cual fue igualmente impulsado por la fuerza bruta de los clasistas. El hombre es un anticlase»...

## POETAS DE AYER Y DE HOY

### **TIERRA SECA...**

Tierra seca,  
tierra quieta  
de noches  
inmensas.

(Viento en el olivar,  
viento en la sierra).

Tierra  
vieja  
del candil  
y la pena.  
Tierra  
de las hondas cisternas.

Tierra  
de la muerte sin ojos  
y las flechas.  
(Viento por los caminos.  
Brisa en las alamedas).

### **LAMENTACION DE LA MUERTE**

A Miguel Benítez

**Sobre el cielo negro,  
culebrinas amarillas.**

Vine a este mundo con ojos  
y me voy sin ellos.  
¡Señor del mayor dolor!  
Y luego  
un velón y una manta  
en el suelo.

Quise llegar adonde  
llegaron los buenos.  
¡Y he llegado, Dios mío...!  
Pero luego,  
un velón y una manta  
en el suelo.

Limoncito amarillo

Limonero.  
Echad los limoncitos al viento.  
¡Ya lo sabéis...! Porque luego  
luego,  
un velón y una manta  
en el suelo.

**Sobre el cielo negro,  
culebrinas amarillas.**

### **SORPRESA**

Muerto se quedó en la calle  
con un puñal en el pecho.

No lo conocía nadie.  
¡Cómo temblaba el farol!  
Madre.  
¡Cómo temblaba el farolito  
de la calle!  
Era madrugada. Nadie  
pudo asomarse a sus ojos  
abiertos al duro aire.  
Que muerto se quedó en la calle  
con un puñal en el pecho  
y que no lo conocía nadie.

### **CANCION DEL GITANO APALEADO**

Veinte y cuatro bofetadas,  
veinte y cinco bofetadas;  
después mi madre, a la noche,  
me repondrá en papel de plata.

Guardia civil caminera,  
dadme unos sorbitos de agua.  
Agua con peces y barcos.  
Agua, agua, agua, agua.  
¡Ay! mandor de los civiles  
que estás arriba en tu sala.  
¡No habrá pañuelos de seda  
para limpiarme la cara!

Federico GARCIA LORCA

POESÍAS DE AYER Y DE HOY